

# Ilustración Artística

Año XXXV

← BARCELONA 14 DE FEBRERO DE 1916 →

Núm. 1.781



Solución al problema, por Opisso

- Señora, al enfermo le conviene dieta rigurosa.
- No pase cuidado, doctor, pues al precio que están hoy las subsistencias, no habrá más remedio que estar a dieta toda la familia.

## SUMARIO

**Texto.** — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El conde y el buhonero*, por Manuel del Cerro. — *La guerra europea*. — *París bombardeado por un zepelín*. — *El Ilmo. Dr. D. José Torres y Bages*. — *Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán*. — *Excmo. Sr. D. Nicolás de Peñalver*. — *Rubén Darío*. — *París. Entierro de las víctimas del zepelín*. — *La dama de las piedras preciosas* (novela ilustrada; continuación). — *Madrid. Novedades teatrales*. — *Don Alejandro Pérez Lugín*. — *El notable guitarrista D. Juan Parras*. — *Barcelona*. — *Homenaje a D. Antonio J. Bastino*. — *Libros enviados a esta Redacción*.

**Grabados.** — *Cabeza de niño*, estudio de I. Pinazo. — Dibujo de Carreres; ilustración a *El conde y el buhonero*. — *Murta; Torso de hombre*, esculturas de José Planes. — *Barcelona. Primer Salón de Humoristas*. — *La guerra europea*. — *La señora del pay-pay*, cuadro de J. García Ramos. — *Una sevillana*, cuadro de Gonzalo Bilbao. — *Notas de actualidad de París, Madrid y Barcelona*.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Más que nunca, la vida se ha refugiado en los grandes hoteles, porque la guerra cerró, no sólo las casas particulares, sino las residencias de embajadores y ministros de las diversas potencias aquí representadas.

Solamente, lo repito, los hoteles están de fiesta. Y más que de fiesta están de enhorabuena. No les hace la competencia nadie.

Han llegado a reconocerse sus ventajas. Una de ellas es que fomentan la sociabilidad, sin peligro de piques. ¿Existe en otras tierras este aspecto de la vida social? ¿Se pica la gente en Europa y América? Lo que es aquí, lo del pique ha llegado a constituir un estado morboso. El hecho de dar un baile, una reunión, un te, en lugar de servir para que se confirmen y estrechen amistades, y se anuden lazos de gratitud, es causa de ganar enemigos e incubar rencores. Nada semejante ocurre en las fiestas de los hoteles. Se entra por dinero, no por invitación, y cada cual se forma allí su círculo, su peña, sin necesidad de violentar sus aficiones y hábitos, ni de mezclarse con nadie que no le acomode.

Reina libertad absoluta en los hoteles. Van aclimatándose. No falta quien encuentra *shocking* eso de que bailen las señoras y señoritas más distinguidas donde pueden bailar a su lado y rozándose los codos otras que no lo son tanto ni mucho menos, y hasta Dios sabe quién; pero estas susceptibilidades desaparecen ante el natural impulso que incita a la juventud, sea o no *distinguida*, a divertirse, pasarlo bien y alegrar un poco las sombrías perspectivas de este período acongojador...

Es la ley que no puede desacatarse. Unos caen como las hojas y otros se precipitan con ansia para beber su sorbo de la copa de la vida. Cuando se discute, sin acertar a definirlo, cuál será la fuerza que haga renacer a los pueblos moribundos después del cataclismo, yo entiendo que el amor. Y por el amor existe la sociedad, la culta alegría de los festejos, la elegancia de las costumbres, la hermosura de la mujer. Que sea para girar en la eurytμία de los valeses nacidos al margen del Danubio azul, o para estrecharse en el balanceo sugestivo de los tangos y *pasos y trotes* de alimañas fieras, creed que el maestro de todo baile es el amor, y él reparará las pérdidas que la humanidad acaba de sufrir y seguirá, por las trazas, sufriendo, sea por el habitual procedimiento conyugal, monogámico, sea por el que hoy preconizan, y que es posible, tantas sorpresas se nos reservan, que llegue a arraigar, al menos en el país de la Biblia, de donde procedé ahora: la poligamia, único remedio a la escasez de varones, que amenaza superar a la de carbón, cobre y otras mercancías.

Día llegará en que se otorguen premios a los varones que unan su suerte a la de diez hembras lo menos, y rijan en paz su serrallo, y puedan ofrecer a la patria despoblada un contingente como diz que le ofreció el famoso D. Lope de Salazar, que llevó a reñida batalla, en torno suyo, a noventa hijos, «todos habidos en docellas muy honradas», dice la crónica.

Va arraigando el convencimiento de que, para que el Centenario saliese deslucido, mejor fué aplazarlo indefinidamente. Deslucido tenía que salir. No estaba madurado por el tiempo, ni fortalecido por la preparación, ni incubado en los senos profundos de la conciencia nacional. No nos amamos a nosotros mismos lo bastante para amar a nuestra gran literatura, que por cierto no se reduce al *Quijote*. La cadena de oro tiene muchísimos más eslabones. No saltamos ninguno.

Con motivo del aplazamiento indefinido, que es como decir «ad Kalendas graecas», muchos periódicos compadecen a Cervantes, y le dan el pésame y hablan de que la desdicha le persigue más allá de los siglos. Yo creo que, a pesar de todo, a Cervan-

tes, actualmente, no debe compadecerse, en este ideal terreno de la fama póstuma. Me inclino fervorosamente ante el *Quijote*; lo guardaría en el mismo cofre de oro, o de lo que fuese, en que diz que Alejandro guardaba los poemas de Homero; y sin embargo, no encuentro enteramente justo que por Cervantes se olvide a los demás culminantes escritores y poetas que enriquecieron el habla castellana. Puede en Inglaterra descollar exclusivamente Shakespeare, porque, como sabemos, Taine escogió la literatura inglesa para historiarla, después de haberse asustado ante el número de figuras sobresalientes que presentaba la española, y que dificultaban la tarea de reducirlas solamente a las más significativas, prescindiendo de las restantes.

Y en efecto: cuando en otras naciones apenas baluceaba la literatura, rudimentariamente (hago excepción con Italia, donde apenas existió Edad Media propiamente dicha), tuvimos nosotros nuestra rica cosecha de cantares de gesta (lo colectivo, en nosotros, valió entonces tanto como lo individual) y nuestro Berceo, con su temprana intuición de la naturaleza y del paisaje, y nuestro Alfonso *el Sabio*, poeta del alma y de la fe, y nuestro Arcipreste de Hita que fué un tesoro de sales y de moralejas sabrosas, y nuestro Jorge Manrique, recogiendo en una sola e intensa elegía todo el sentido de la vida, todo lo pasajero de las glorias y luchas y aspiraciones del hombre, encerrando en breve copa la amargura del destino. Y tuvimos el *Amadís*, que según las más fundadas probabilidades es obra de autor español (¿tal vez autora?), un ideal que ha inspirado a la Edad Media y siguió inspirando aisladamente bajo el Renacimiento a muchos corazones; el *Amadís*, sin el cual ¿quién sabe si el *Quijote* se hubiera escrito? Y luego, el rico y centelleante tesoro del Romancero, comparado por Schlégel con la *Iliada*, y la *Celestina*, por la cual nos hombreamos con el Romeo y Julieta de Shakespeare. Y desfilan en nuestras letras las curiosas y genuinas fisonomías de los pícaros, que inspiraran a Cervantes también: Lazarillo, Guzmán de Alfarache, Justina, parientes tan cercanos de Rinconete y Cortadillo, Monipodio y la señora Pipota... No hay diques para el río caudaloso que viene en pos, el Teatro, ni cauces para el desbordamiento del torrente de fuego de la mística. Si ponemos en parangón a Cervantes con Santa Teresa, sería muy difícil establecer la superioridad del Manco, cual lo es definir en qué consiste su hechizo especial. En cuanto a la pureza del habla, se me figura que le aventaja la monja avilesa. No he lenguaje más castizo y al mismo tiempo más natural y sencillo que el de la Santa Madre. Y dejo para quien la haya estudiado a fondo los primores de su doctrina y las honduras de su psicología iluminada.

Así, no puedo menos de insistir en que Cervantes no es el único ni quizás el mayor de los escritores españoles, aunque la aserción escandalice. Será si acaso un sol, al cual otros soles acompañan.

La luz de Cervantes no puede eclipsar a la de Santa Teresa ni a la de Lope, Calderón y Tirso. Y es que España, en cada período y aspecto de su vida interna, ardiente, produjo los modelos que estaban en armonía con las ocasiones. El Romancero, también diversísimo, responde a corrientes nacionales, y otras no menos entrañadas se reflejan en la mística. Lo pintoresco, español es; español el escatológico y amoral *Buscón*, de Quevedo, y español, aunque venga del Norte, el *Amadís*, y español Alonso Quijano el Bueno, el Ingenioso Hidalgo. Acaso el acierto principal de Cervantes, que tantos tuvo en el *Quijote*, fué reunir en un solo libro a los buscones, mozos de muchos amos, hampones, pícaros y galeotes, y a los andantes caballeros, esforzados y virtuosos, amparadores del débil y enderezadores de entuertos. Y todos cupieron, cada cual en su sitio y punto, dentro del libro inmortal.

Si renace el Centenario de sus cenizas, cuando se haya sosegado la descomunal pendencia de las naciones, bien pudiéramos englobar en el homenaje a los más gloriosos de nuestros literatos y poetas, realizando así un acto de justicia. Y me dirán: ¿sobre que no podemos con Cervantes solo, y vamos a poder con tal pléyade sagrada? El caso es que aquí no se puede alzar en peso la libra, y se alza la arroba. Cómo sucede, no lo sé. España es algo al modo que decía Turguenev que era la santa Rusia: no se la podía comprender, y había que amarla.

Suprimido el Centenario, la primavera se deslizará sin más emociones que las que nos preparan, en lo interior, el período electoral, y en lo exterior, la eterna e intolerable guerra. Algo fluirá en lo interior también, porque la carestía de las subsistencias y la falta de artículos indispensables para el consumo nos recuerdan a cada momento que hay algo que nos amenaza y cohibe también a nosotros.

Pedís en un comercio cualquier fruslería, de las que jamás se os ha ocurrido pensar de dónde se traen, y responden que no existe: venía de Alemania, venía de Inglaterra, venía de Bélgica... Los accesorios de automóvil son un mito. Visto está que aquí se fabricaba bien poco, y éramos más tributarios de lo que suponíamos los que no entendemos de estas cosas.

Al mismo tiempo conviene decir que en España, en medio de tanta modorra, algunos síntomas se aprecian de actividad y resurgimiento. Desarrollanse industrias, en especial del género artístico, que podrán constituir fuentes de riqueza. De algunas he hablado ya; de otras hablaré pronto, cuando gire una visita a talleres que en Madrid debieran constituir una atracción para los turistas, que acabarán por convencerse de que vale más adquirir un mueble, una pieza de plata o un hierro forjado moderno, pero fiel y bella reproducción de los modelos antiguos, sabiendo lo que se compra, que pagar las setenas por el mismo mueble o hierro, creyendo cándidamente que es antiguo auténtico, y fiándose en el orín, la polilla y otras tretas y supercherías que sirven de engañabobos.

La moda de los trajes militares en las señoras está siendo tema muy explotado por los cronistas. Si vale decir verdad, mi asombro no es que sean de moda las hechuras militares, sino que exista moda aún. Increíble parece que haya humor para poner de moda algo; pero la humanidad es vivaz y ha menester ilusión, y la mujer no renuncia a realzar su belleza con caprichosas formas y adornos, desde muchos años ha, por los sucesos contemporáneos.

Así, bajo María Antonieta, se llevaron los peinados «a la belle poule» y a «la mongolfiera»; en los tiempos más crudos de la Revolución, el peinado y tocado a *la Diosa de la Libertad*; bajo el romanticismo, los cabellos en lánguidos tirabuzones. Bajo la Emperatriz Eugenia se propagaron las cadenas Benoiton y los lazos canal de Suez; y, más tarde, poco antes de la guerra que dió al traste con el Imperio y ensombreció por tanto tiempo el horizonte de Francia, se llevó con furor el «color Bismarck» que era como un tabaco claro, encendido... Y fué la propia Francia la que rindió este homenaje de simpatía al terrible enemigo que meditaba su pérdida; y llegó la moda a todos los países civilizados, y España la acató, y las que entonces éramos casi niñas nos adornamos con bieses de glasé color Bismarck, en trajes de *gro negro*...

Y no es mucho que ahora, en el desate de la fuerza y de la vida belicosa, la moda tenaz imponga a la mujer colores, telas y guarniciones que recuerdan los uniformes de los beligerantes. Más extraño es que todavía se sigan llevando los innobles sombreros calados hasta la nariz que de tal modo afean a la mujer, sobre todo si tiene la cara redonda y algo abultada. Entre otros, tienen estas coberteras el inconveniente de dar calor a la cabeza, tapando la frente; y la expresión de atontamiento y fatiga que se nota en muchas damas acaso no reconozca otro origen.

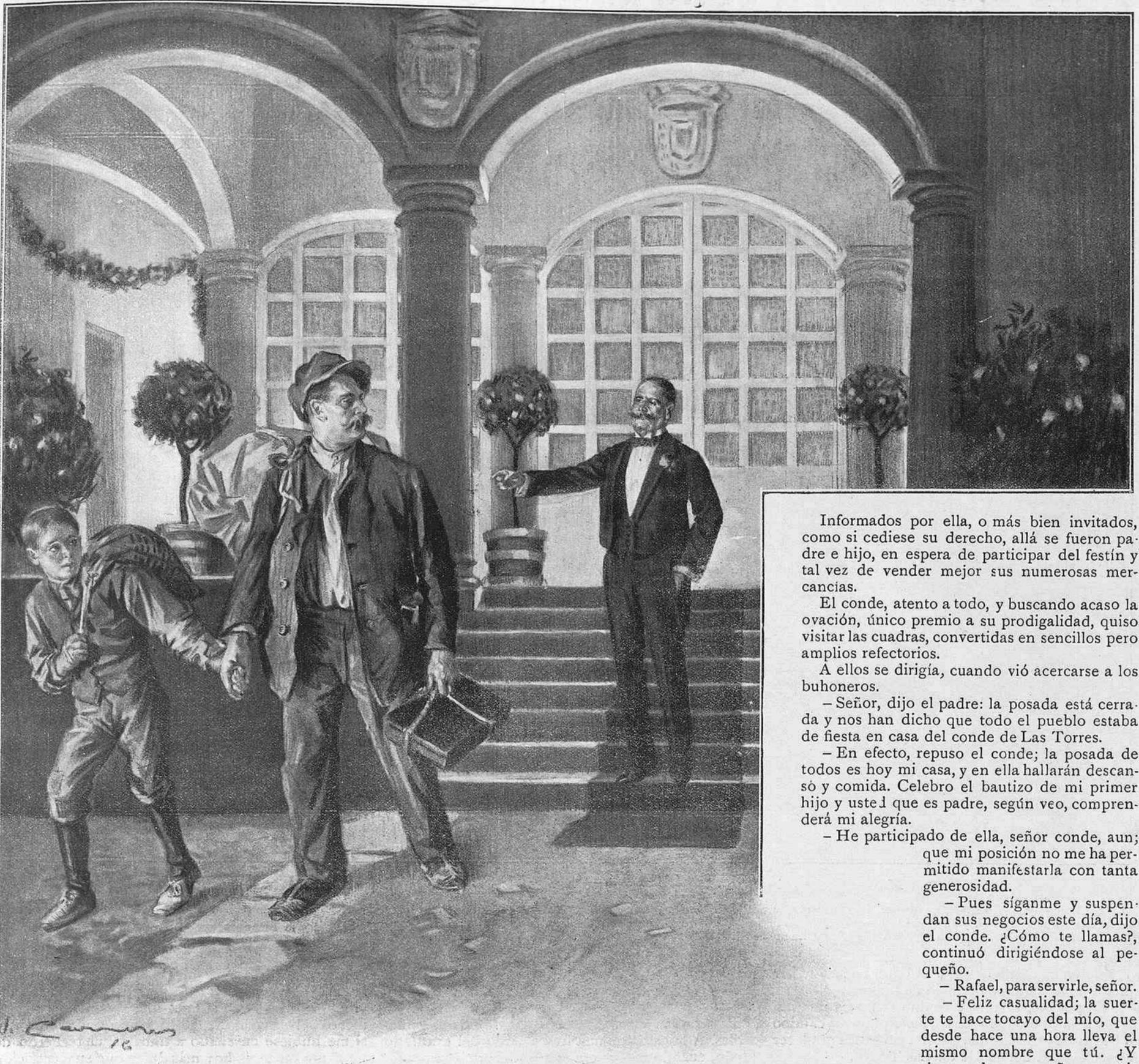
El sombrero es campo abierto a la extravagancia y al mal gusto, desde hará unos diez años. Hubo un momento en que fué bonito y racional. Descubría la cara, aureolaba la cabeza; daba airoso línea, con sus plumas colocadas alrededor, no despegadas ni volanderas como el plumaje de asustada gallina o gallo colérico... Las flores que adornaban los sombreros de entonces eran flores bonitas de graciosa forma; pero hoy se ven rosas de badana, lilas de briche, claveles de paño y apretados grupos de limones, guarneciendo esta especie de cacerolas y empanadillas que se ponen en la cabeza las elegantes... Y abundan las toquitas flanqueadas de orejas de jumento... o cosa que parece tal.

Para llegar al límite de lo estrambótico, diré que he visto también, en un figurín de sombreros exclusivamente, una toca guarnecida con ranas verdes, que ignoro de qué materia estarán hechas, y otra en que campea una lagartija artísticamente enroscada alrededor de la copa...

Y pidamos a Dios que no se les ocurra a los dictadores del ornato sombreril llegar hasta el erizo, el caimán, la tortuga y la langosta...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

**La Sal Natural de Sprudel**  
de  
**Carlsbad**  
es la única legítima Sal de



Y cogiendo a su hijo por el brazo, volvió la espalda al soberbio magnate

La inmensa casa señorial del conde de Las Torres resultaba pequeña para albergar la multitud de nobles amigos que acudían desde la madrugada. Grande debía de ser el acontecimiento que así movilizaba a la comarca, y la sorpresa de los campesinos ante el número de invitados, muchos, familiares desde antigua fecha por el corte y color de sus levitas inconfundibles, se trocaba en asombro respetuoso al verlos llegar engalanados con brillantes uniformes, vestigios de su paso por el mundo que daban a su claudicación un mayor prestigio.

Los criados a su servicio, mozos del país en su mayoría, a los cuales la fiesta había puesto a la tortura, al tener que cambiar su traje de pana verde y polainas de cuero, por medias blancas y libreas tricolores, presentaban las más cómicas actitudes.

El bautizo del heredero del conde de Las Torres, yendo precedido de tantos honores, es lógico pensar que ejerciese entre la muchedumbre, que se apiñaba curiosa al paso de aquella nueva mascarada, una impresión tan honda que grabase el recuerdo de la fiesta, en la que todos esperaban tener su parte.

El conde, feliz y rico, había querido festejar su paternidad en forma no acostumbrada en el país, y a fin de que todos los habitantes del pueblo participasen del festín, se habían establecido comedores en las dependencias de la casa.

Terminada la ceremonia religiosa, el neófito fué aclamado con el nombre de Rafael, y de todas las bocas salieron bendiciones y votos para el recién nacido.

Dada la señal, pronto las mesas fueron tomadas por asalto; la plebe hambrienta desesperaba a los servidores, que no podían dar abasto, pues los labriegos, creyendo sin duda honrar mejor al nuevo señorito, vaciaban las fuentes colmadas apenas llegadas a la mesa.

El pueblo se diría que había sido abandonado por sus habitantes. Difícil hubiera sido en tal día a un forastero obtener algún informe. Hasta los perros habían seguido a sus amos, doblemente estimulado su fino olfato por un ambiente saturado de fiesta prometedora. El buhonero, que desde hacía muchos años surtía a las mujeres de la comarca, acompañado de su hijo, y ambos con su fardo a cuestas, llegaron a la posada, que por primera vez hallaron cerrada.

Después de un infructuoso aporreo de la puerta, y convencidos de que la explicación no habían de encontrarla en la soledad que les rodeaba, pues los habitantes todos, incluso el posadero con sus huéspedes, estaban en la fiesta, los sorprendidos ambulantes se orientaron en todas direcciones, hasta hallar una de las decrepitas ancianas a la que sus achaques habían impedido seguir a los demás.

Informados por ella, o más bien invitados, como si cediese su derecho, allá se fueron padre e hijo, en espera de participar del festín y tal vez de vender mejor sus numerosas mercancías.

El conde, atento a todo, y buscando acaso la ovación, único premio a su prodigalidad, quiso visitar las cuadras, convertidas en sencillos pero amplios refectorios.

A ellos se dirigía, cuando vió acercarse a los buhoneros.

— Señor, dijo el padre: la posada está cerrada y nos han dicho que todo el pueblo estaba de fiesta en casa del conde de Las Torres.

— En efecto, repuso el conde; la posada de todos es hoy mi casa, y en ella hallarán descanso y comida. Celebro el bautizo de mi primer hijo y usted que es padre, según veo, comprenderá mi alegría.

— He participado de ella, señor conde, aun; que mi posición no me ha permitido manifestarla con tanta generosidad.

— Pues síganme y suspendan sus negocios este día, dijo el conde. ¿Cómo te llamas?, continuó dirigiéndose al pequeño.

— Rafael, para servirle, señor.

— Feliz casualidad; la suerte te hace tocayo del mío, que desde hace una hora lleva el mismo nombre que tú. ¿Y siempre le acompaña este niño en sus largas y penosas jornadas?

— El trabajo es su único patrimonio, señor; educado en éste que parece excesivo para su edad, hallará otros, más fáciles, y en la lucha que le espera con los hombres, sabrá mejor defenderse cuanto más duro haya sido su aprendizaje.

— Lo creo, sin embargo, muy joven para tan dura enseñanza.

— Somos los dos solos y a nadie quiero encomendar su educación, que es lo que más me preocupa.

— Afortunadamente, mi Rafael será rico y esas preocupaciones no me alcanzan, pensó el conde en alta voz.

Lo cual, oído por el buhonero, le dijo:

— Todo padre, sea cualquiera su posición, debe hacer a sus hijos útiles para sí mismos. Un niño educado en el placer y la negligencia no sabrá conservar una fortuna por grande que ésta sea, por ignorar su valor, y el día que la pierda sus reproches irán al padre, que se la dió sin medios de conservarla. Ya ve usted, mi hijo, con este aprendizaje, a la vez que completa sus estudios escolares, aprende a luchar y ya puede hoy vivir por sí solo, puesto que conoce el negocio tan bien como yo. Mañana será feliz y me recordará con respeto, si así continúa, si la suerte le favorece, a mí me deberá el haberle iniciado en el camino de la fortuna.

— ¿De fortuna habla usted, buen hombre? ¿Usted sabe cuántos miles de fardos como ése necesita su

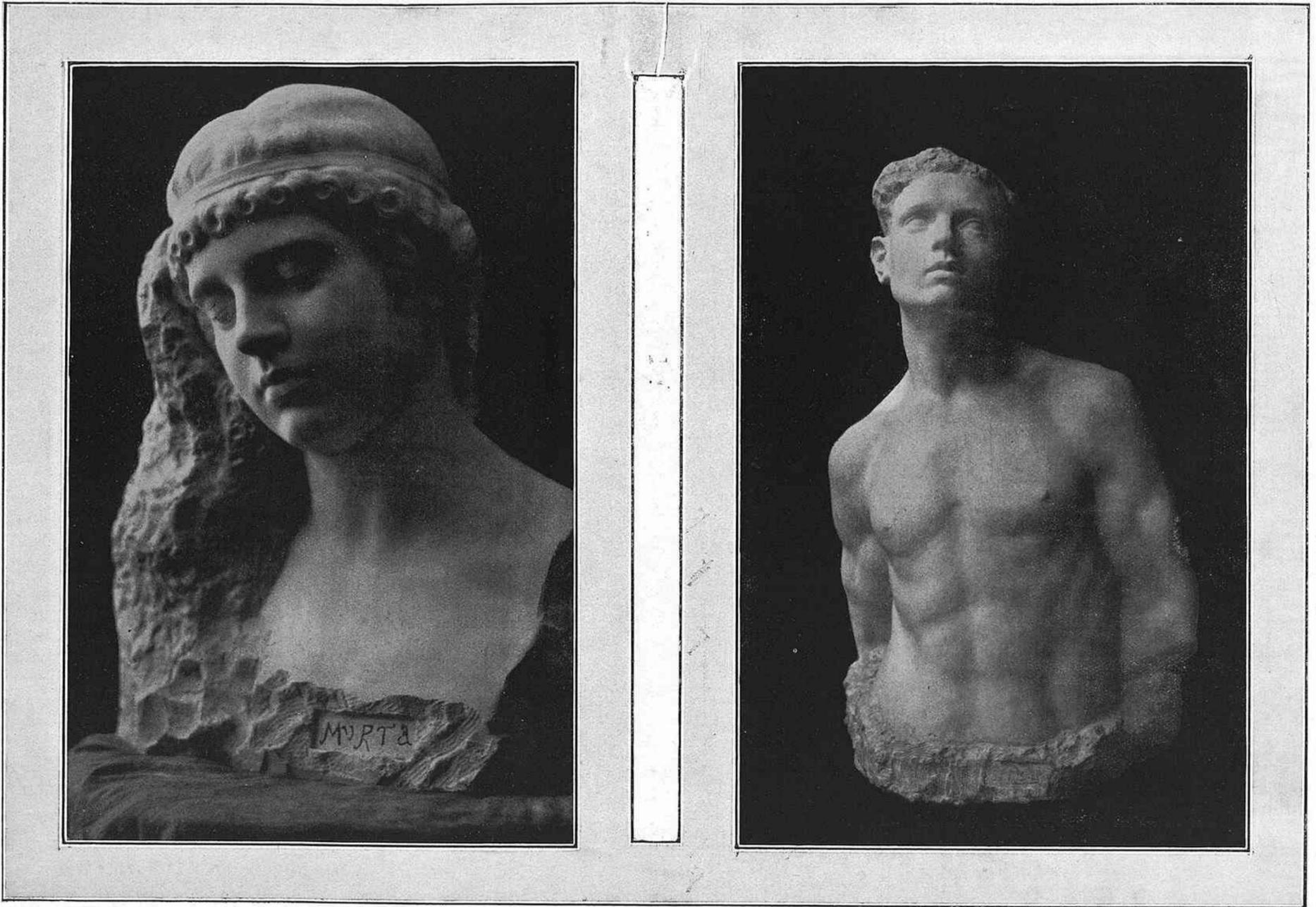
hijo vender para reunir la mitad del capital que hoy tiene el mío?

— ¿Y usted ignora, buen señor, que fortunas más inmensas que la de su hijo han tenido origen en un fardo como el que llevamos a cuestas, y se perdie-

su ilusión, y allí se fué con su pobre fardo y sus recuerdos. Eligió a su llegada el barrio más humilde en que trabajar, y provisto de una canastilla pendiente del cuello, en la que iba expuesta su mercancía: botones, horquillas, carretes de hilo, etc., co-

hacen que su título lo relacione con el nombre de Rafael, que es también el mío y el recuerdo de mi buen padre... Déjeme pensar... ¡Oh!, sí, ya caigo, el velo se descorre, aquella escena se me reproduce fiel.

— Nuestros padres se conocieron tal vez, señor



Murta. — Torso de hombre, esculturas de José Planes. (De fotografías remitidas por Alejandro Flores.)

En el Círculo de Bellas Artes, de Murcia, ha expuesto recientemente algunas de sus obras el joven escultor murciano José Planes. Figuraban en dicha exposición varios bustos retratos, de exactísimo parecido, y algunas otras esculturas, entre ellas las dos que aquí reproducimos. *Murta* es una preciosa cabeza de admirable factura e intensa expresión; sus dulces facciones tienen una serenidad y un reposo verdaderamente augustos; el *Torso de hombre* revela un gran estudio anatómico y su ejecución revela la mano de un artista de grandes alicentos.

ron en menos tiempo que se ganaron por no haber aprendido ni siquiera el oficio de buhonero?

— Es posible, mas observo en sus frases una impertinencia que no le admito; siga, pues, su camino en busca de otra posada, ya que no sabe agradecer la hospitalidad del conde de Las Torres.

— Siento, señor conde, que mis palabras le hayan ofendido; mi intención no era tal, mas no soy vasallo ni mendigo; el trabajo me hace tan independiente como al señor conde sus rentas. A causa de su fiesta, mi hijo no comerá hasta la noche, pero no importa; si un día recuerda el motivo que hoy le priva de saciar su apetito, aprobará mi conducta de padre y educador.

— Aléjese, pues, baratillero con su insolencia, dijo el conde despechado.

— Con mi dignidad, señor, que no es lo mismo. Usted quédese con su orgullo, que quien no admite los consejos de la experiencia, ésta le faltará cuando más la necesite.

Y cogiendo a su hijo por el brazo, volvió la espalda al soberbio magnate.

En este océano de la vida, el destino del hombre está pendiente del flujo y reflujo caprichoso, que ya lo arroja cual despojo contra la desierta roca, o bien le conduce clemente a la suave y dulce orilla, donde a la desesperación del naufragio, sucede la calma de un paraíso que le hace bendecir aquél, siendo su dicha tan sabrosa cuan acerbo fué el dolor.

Aquel niño buhonero que conocimos arrastrando sus tiernos piecitos en errante vida, se vió huérfano. Solo con su dolor por pérdida tan grande, ni un momento se preocupó de sí mismo, puesto que ya mayor, hacía años que ganaba el sustento de su padre.

Cambió, eso sí, de país. La capital de Francia era

menzó su fortuna. ¿Su fortuna, diréis? Sí, e inmensa y honrada, ya veréis.

Pasaron los años, para todos igual veloces e inflexibles. A la caída de una fresca tarde del avanzado otoño, cuando mayor era la afluencia de compradores y desocupados que de ordinario llenan los salones de lectura y descanso de los grandes almacenes modernos, uno de tantos cobijados en el famoso *Bon Marché* de París, fijóse en un anuncio que fijado en sitio visible ofrecía empleo en la casa.

Indicada que le fué la Dirección, allá se fué a ofrecer sus servicios. El empleado a quien se presentó le exigió los documentos e informes del caso, mas el pretendiente, vacilando darlos, pidió que sólo el director de la casa lo examinase, por querer conservar su nombre de incógnito.

Consultado el director, le hizo pasar extrañado de la demanda.

— Señor director, le dijo, circunstancias de la vida que no puedo explicar sin avergonzarme me obligan a solicitar trabajo en su casa. No tengo informes porque jamás hice nada de provecho; ignoro si sabré cumplir con mi deber de empleado, mas si se me permite ensayarlo, deseo que sólo usted sepa quién soy. Para los demás he adoptado un nombre cualquiera; para usted soy el conde de Las Torres.

Suspense, como asaltado por un recuerdo triste y dulce a la vez, D. Rafael Boucicaud, que así se llamaba el director y fundador del mejor almacén que hoy existe en Europa, permaneció algunos instantes reflexivo. De pronto exclamó emocionado:

— ¿Se llama usted Rafael?

— Ese es mi nombre, señor director, contestó intrigado el conde.

— Tengo confusos recuerdos..., continuó el comerciante, pero tan oscuros... No sé qué circunstancias

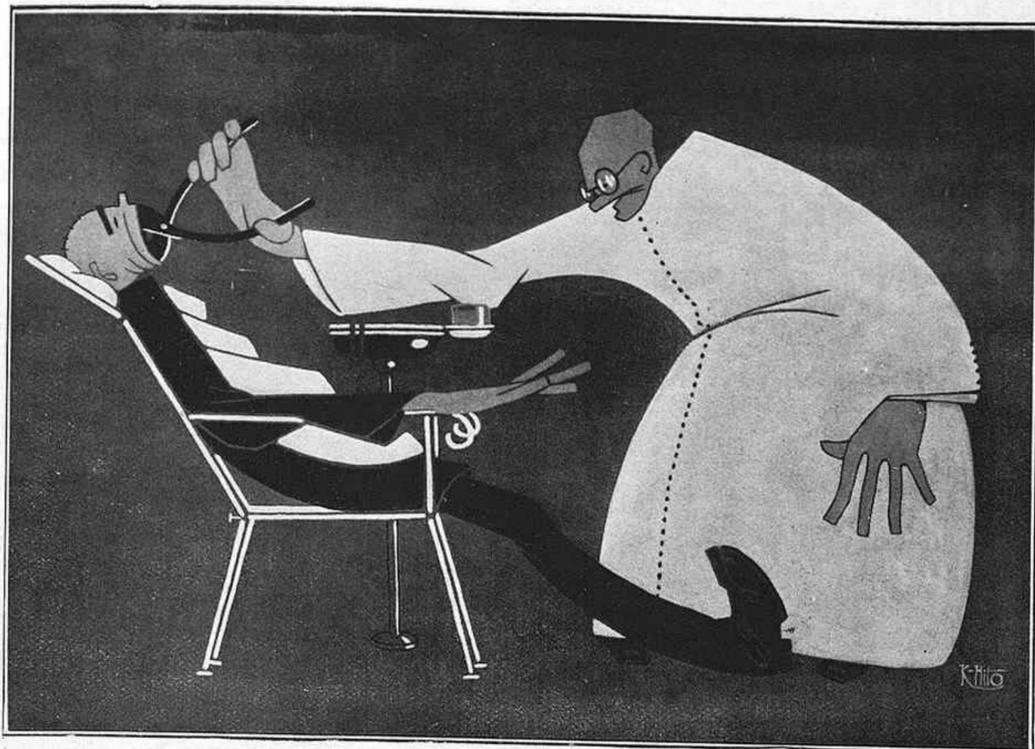
dijo el conde, mas yo me eduqué lejos del mío, e ignoro cuáles fueron sus relaciones. A su muerte, me vi rico y libre y corrí al abismo. Ya en él, quiero al menos salvar el honor que debo a mi nombre. ¡Ah, si me hubiese enseñado a trabajar, el recuerdo de mi padre me sería hoy más dulce que su reconocido afán de legarme una fortuna que, ignorante de la vida, he disipado.

— Señor conde, puede usted contar con toda mi... amistad.

— Protección puede llamar, señor, dígame que no humilla, pues realmente la necesito, inútil como soy para saber merecerla.

— Sea pues protección, conde. Algún día sabrá usted en qué circunstancias se conocieron nuestros padres. Sepa usted, conde, que hoy es para mí uno de los días más felices de mi vida, por evocar su persona otro muy lejano, aquel precisamente en que usted nació y en el que sin duda el destino nos emplazó para esta entrevista. En nombre de mi querido padre, seguro como estoy de que aprueba mi conducta, le nombro a usted secretario general de mi casa, con un sueldo que equivale a las rentas que perdió y la mayor categoría después de mí. En estas condiciones puede usted usar su título que será doblemente respetado por ir unido a la laboriosidad. Hoy quedará presentado al personal, y únicamente dependerá usted de mi autoridad, que puede contar lo más benévola.

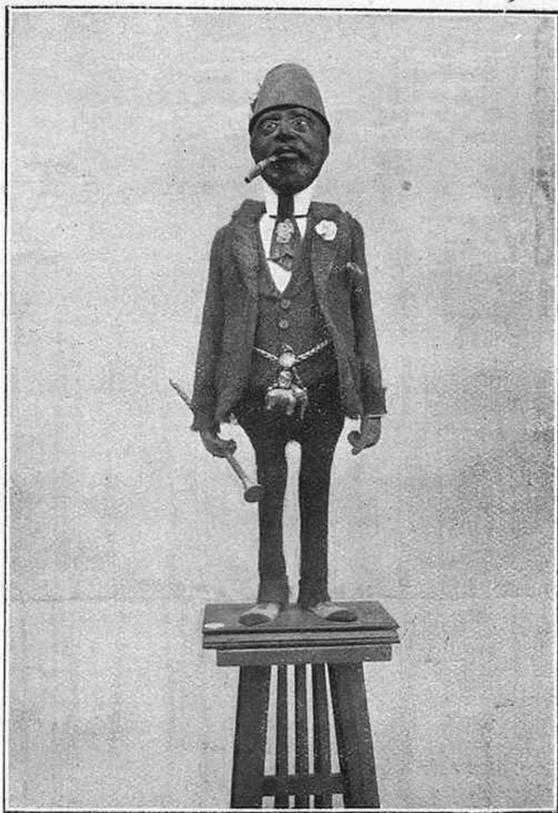
— Señor, no sé cómo expresar mi gratitud por tanta nobleza, su acción no sólo merecerá la aprobación de su difunto señor padre, que la suerte hizo conocido del mío en circunstancias que ignoro, sino que el espíritu del conde de Las Torres se asociará en reconocimiento al mío por haber salvado a su hijo de la miseria, y acaso su nombre del deshonor.



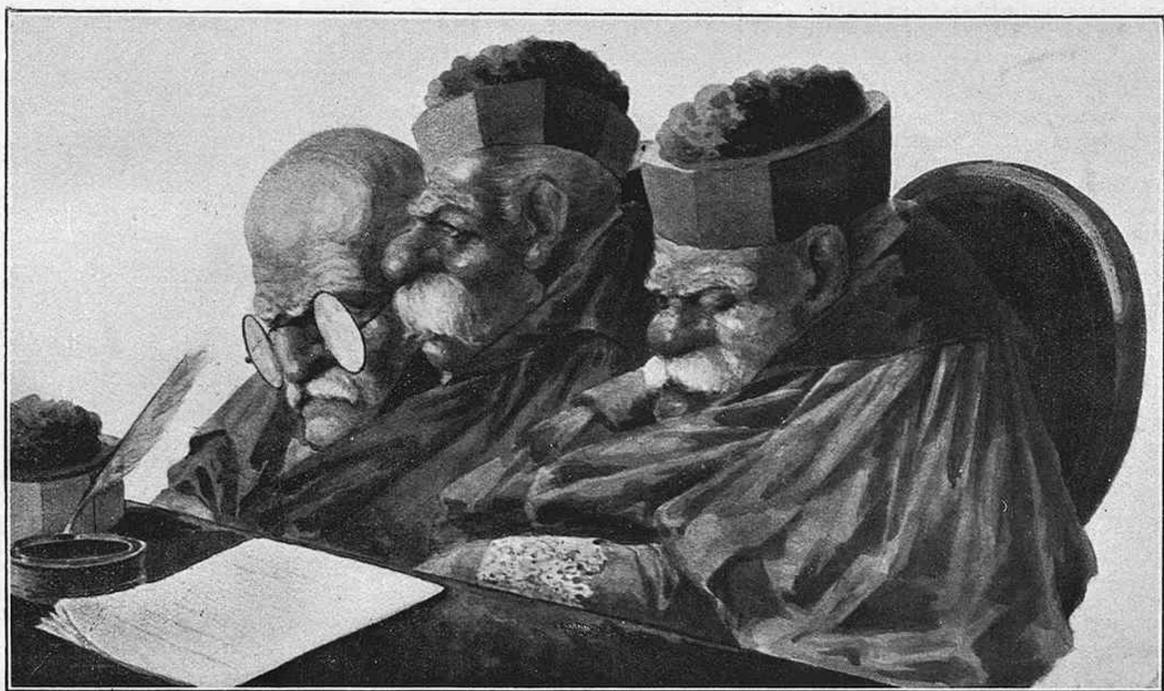
Si le duele, dígalo claro, por Ricardo García (*K-Hito*)



Juegos de azar y juegos de amor, por J. Grau Miró



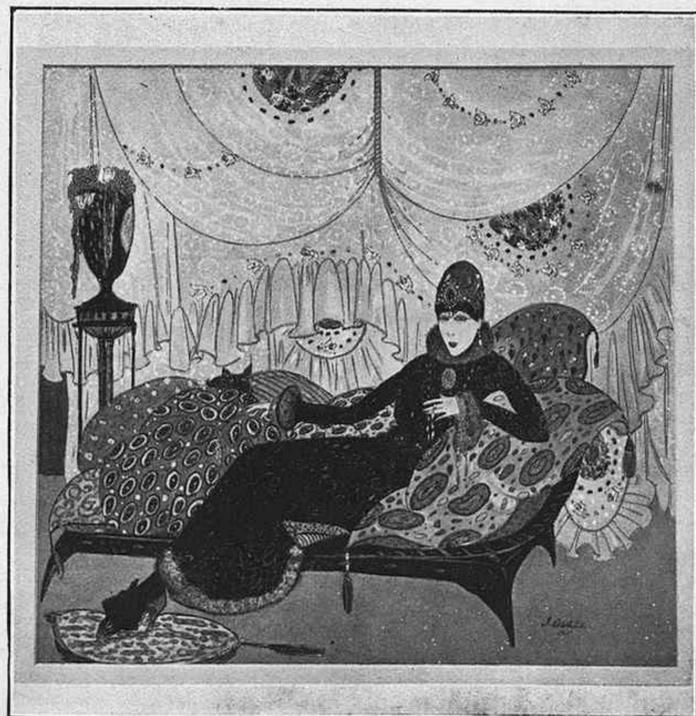
Muley, por Luis Barrillón



¡Liberanos Dómine!, por Juan Marxuach



El picador, por José Costa (*Picarol*)



Mlle. X., por Javier Güell

## LA GUERRA EUROPEA. (Fotografías de Central News.)



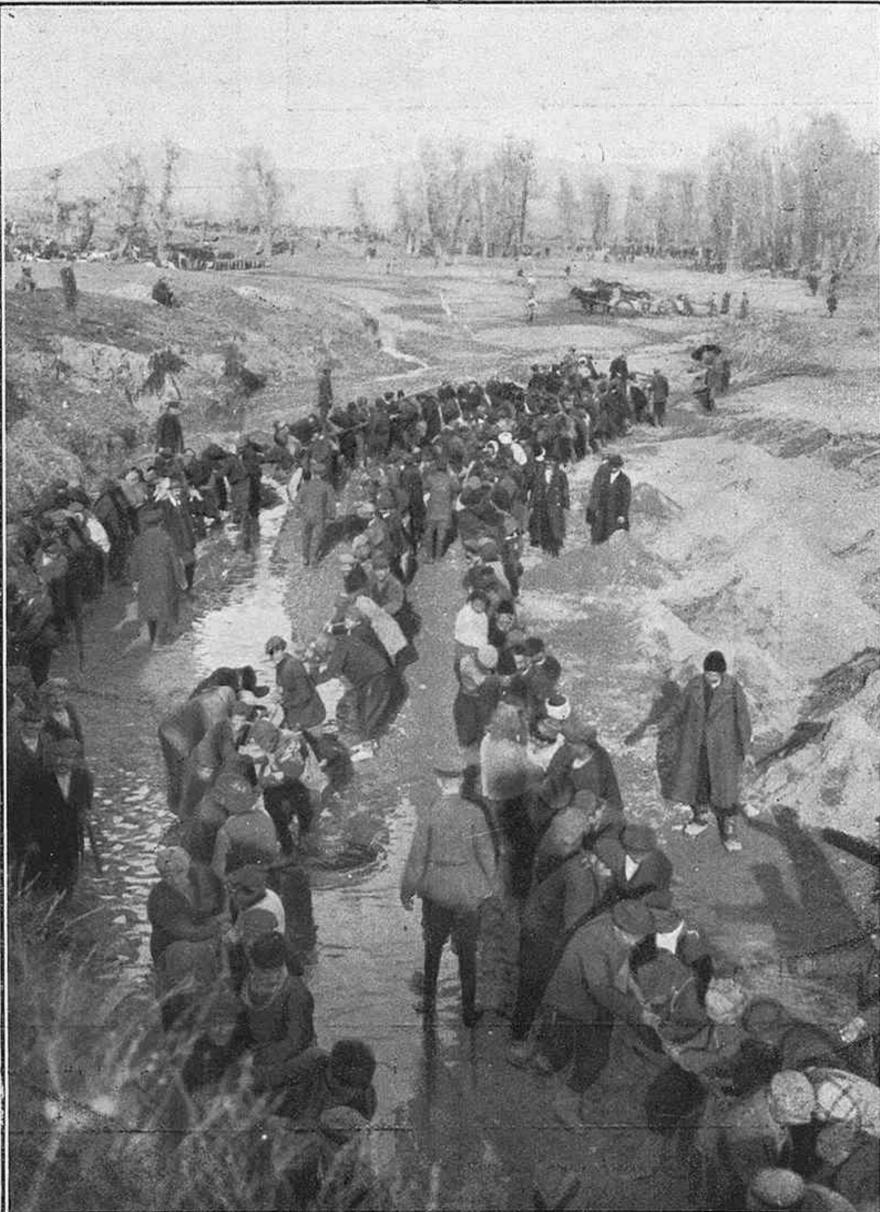
*Teatro de la guerra de Occidente.* — Los franceses han rechazado ataques contra las posiciones de Bois-des-Buttes (al Norte del Aisne), en la región de Ville-aux-Bois y contra algunos puestos situados entre la altura 285 y la Haute Chevauchée; han ocupado en este último lugar el hoyo producido por la explosión de una mina alemana; y han penetrado en las trincheras alemanas de los alrededores del camino de Kennel a Wytsh, que estaban muy bien fortificadas.

Los alemanes han rechazado varios ataques ingleses contra las posiciones situadas al Oeste de Messines (Flandes) y al Sur del canal de La Bassée; han ocupado varios hoyos de minas al Noroeste de Hulluch, uno de los cuales fué luego destruído por una nueva explosión producida por los ingleses; y han desalojado a los franceses de un hoyo de mina que habían ocupado en la altura 285.

En todo el frente ha habido, además, continua y enérgica lucha de artillería.

*Teatro de la guerra de Oriente.* — Terminada la última ofensiva rusa, la lucha se halla reducida ahora a combates de artillería y de trincheras. Aparte de éstos, las únicas noticias de relativo interés son las siguientes: los rusos han rechazado ataques en la isla Glandán, al Oeste de Dvinsk, y han tomado algunas posiciones enemigas al Nordeste de la estación de Ezerna, en la línea de Tarnopol a Lwow (Galizia); los alemanes han rechazado un ataque contra uno de los puestos de observación que recientemente han ocupado en la orilla oriental del Chara, en la línea de Baranowitschi a Djaschovitsch; y los austrohúngaros han atacado y aniquilado una fuerte división rusa en el Wiestelucha, entre Stochod y el Styr, y han obligado a los rusos a abandonar las avanzadas de sus trincheras situadas delante de las defensas del frente al Norte de Uczieszsk.

*Italianos y austriacos.* — También en este frente la principal lucha ha sido de artillería. Los italianos han rechazado a unos destacamentos que intentaban acercarse a las posiciones del monte Rombon,



en la cuenca del Plezzo; han rechazado ataques contra las posiciones al Nordeste de Mori, en el Col di Lana, en Santa María (zona de Tolmino) y en la altura de Podgora, al Oeste de Goricia, y han penetrado en un atrincheramiento enemigo en la zona de San Martín.

Los austriacos han rechazado ataques en el valle de Sugana y han ensanchado sus posiciones en la cabeza de puente de Tolmino, al Oeste de Santa Lucía, obligando a los italianos a retirarse a las laderas situadas al Oeste de la carretera de Cinselo.

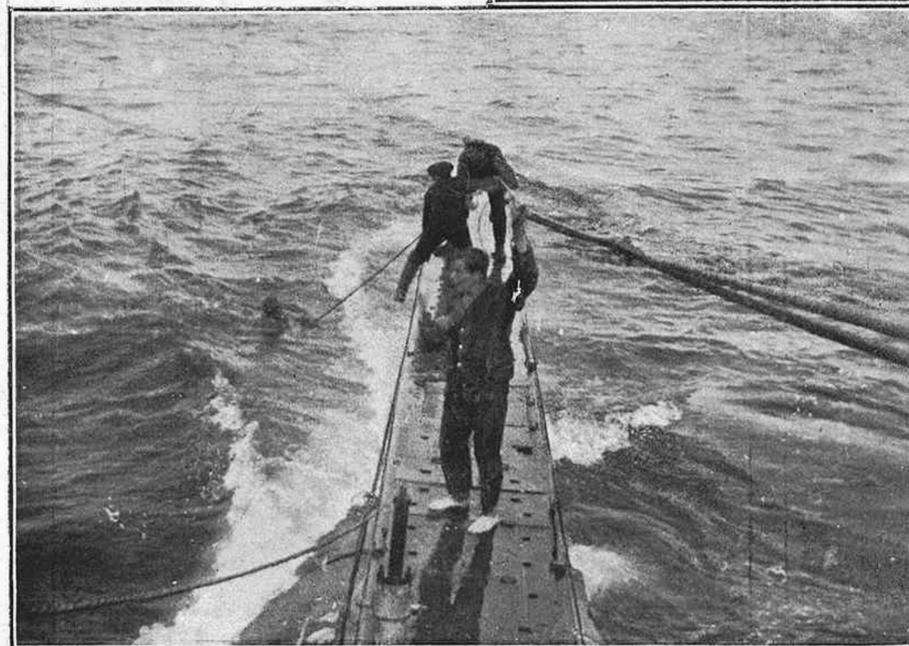
Varios cruceros austrohúngaros han bombardeado la costa oriental italiana, causando graves daños en las estaciones del ferrocarril de Ortona y San Vito.

*En los Balcanes.* — Los austrohúngaros han llegado a la orilla Sur del Marti, se han apoderado de Kroja, distante 38 kilómetros de Durazzo, y de Deverni, han atravesado el río Ismi y han ocupado el pueblo de Bilanj, en donde, según un telegrama de París, han sido rechazados por las vanguardias serbias que, con el ejército de Essad Bajá, ocupan la posición de Durazzo.

Al decir de los partes oficiales austriacos, la actitud pacífica de los habitantes de Montenegro y de la región de Escútari nada deja que desear.

*Guerra aérea.* — Una flotilla naval aérea ha bombardeado varias ciudades inglesas, causando 61 muertos, 101 heridos y considerables daños materiales. Créese que uno de los zeppelines que tomaron parte en el raid es el Z-19 que se ha perdido en el mar del Norte. Otro zeppelin ha lanzado varias bombas sobre Salónica, matando catorce personas y ocasionando en varios edificios grandes destrozos. Los aviones franceses han bombardeado Monastir, causando también numerosas víctimas.

*En el África occidental.* — Tropas alemanas del Camerón, compuestas de 2.600 europeos y 1.400 indígenas, perseguidas por fuerzas francesas, se han refugiado en la Guinea española, en donde han sido desarmadas por nuestras autoridades.



Soldados ingleses construyendo una carretera en las inmediaciones de Salónica. — Transporte de c. ñones ingleses al través de las calles de Salónica. — Numerosos trabajadores, en su mayoría refugiados serbios, transportando árboles para construir un dique. — Salvamento de marineros alemanes por la tripulación de un submarino inglés. — Muchachos griegos contratados por los ingleses para el transporte de grava para la construcción de un camino.

PARÍS BOMBARDEADO POR UN ZEPPELÍN



La bóveda del Metropolitano hundida por una bomba. — Casa de cinco pisos partida por una bomba en dos partes, de las cuales la posterior se derrumbó (De fotografías de Branger y Chusseau-Flaviens.)

En la noche del 29 de enero último recibió en el gobierno militar de París el aviso de que un zepelín avanzaba hacia aquella capital. Dada inmediatamente la señal de alarma, adoptáronse todas las medidas previstas para estos casos, haciendo funcionar los proyectores en todas direcciones y preparando el servicio de la aviación. La espesa niebla que se cernía sobre la ciudad a una altura de 700 a 800 metros impidió que los proyectores y los cañones realizasen debidamente su

estalló en la galería subterránea a un centenar de metros de la estación; pocos momentos antes había pasado por aquel sitio un tren atestado de viajeros. No hubo víctimas, pero sí grandes desperfectos en la vía, lo que obligó a interrumpir la circulación, que se reanudó, no obstante, a la mañana siguiente.

En una calle, no lejos de allí, otra bomba, que tampoco causó víctimas, ocasionó terribles destrozos en las casas, en las que no quedó un cristal entero y fueron arrancadas muchas persianas.

En otra calle las bombas cayeron en una casa de cinco pisos, partiéndola de arriba abajo en dos partes, de las cuales la posterior se derrumbó, quedando relativamente intacta la fachada. Hubo allí varias víctimas.

Muy cerca de aquel lugar, y a doscientos metros de distancia una de otra, cayeron dos bombas: una de ellas abrió junto a la acera un hoyo de diez metros de circunferencia y arrancó de raíz y proyectó a gran distancia un árbol corpulento; la otra retorció la techumbre de hierro de un edificio, habiendo resultado heridas varias personas.

En una calle transversal, una bomba derribó un muro y produjo una excavación de más de doce metros de circunferencia por tres de profundidad.

A pocos pasos de allí, otra bomba destruyó por completo una casita, dejándola convertida en un montón de escombros. Otra bomba cayó en el patio interior de una tienda de vi-

nos, penetró en el interior de ésta y estalló, abriendo en el suelo un profundo hoyo.

Este último *raid* aéreo sobre París constituye una nueva manifestación del carácter de la actual lucha, de ese desbordamiento de odios que no se detiene ante los pactos internacionales más solemnemente contraídos, que salta por encima de las leyes y de las consideraciones antes siempre respetadas y que no concibe el triunfo de la propia causa sin el exterminio total del enemigo, conseguido por cualesquiera medios. Buques indefensos son hundidos en el mar por los submarinos; poblaciones apartadas de los sitios de combate son objeto de bombardeos aéreos; los soldados caen heridos no por las balas, sino por la acción de gases deletéreos; y se pretende rendir por hambre a naciones enteras, como si fuesen plazas fuertes sitiadas, considerando como combatientes a millones de inocentes seres que no intervienen en la guerra y no vacilando para lograr esto en privar de los medios necesarios de vida aun a los países neutrales, sin más derecho ni razón que la razón y el derecho de la fuerza.

La guerra que desde hace más de año y medio tiene en conmoción al mundo entero, ha sido fecunda en sorpresas; no es la menor de ellas, sin duda, la de que las conquistas de la civilización y del progreso, lejos de humanizar la lucha, la han revestido nuevamente de un aspecto de ferocidad que parecía extinguido para siempre.

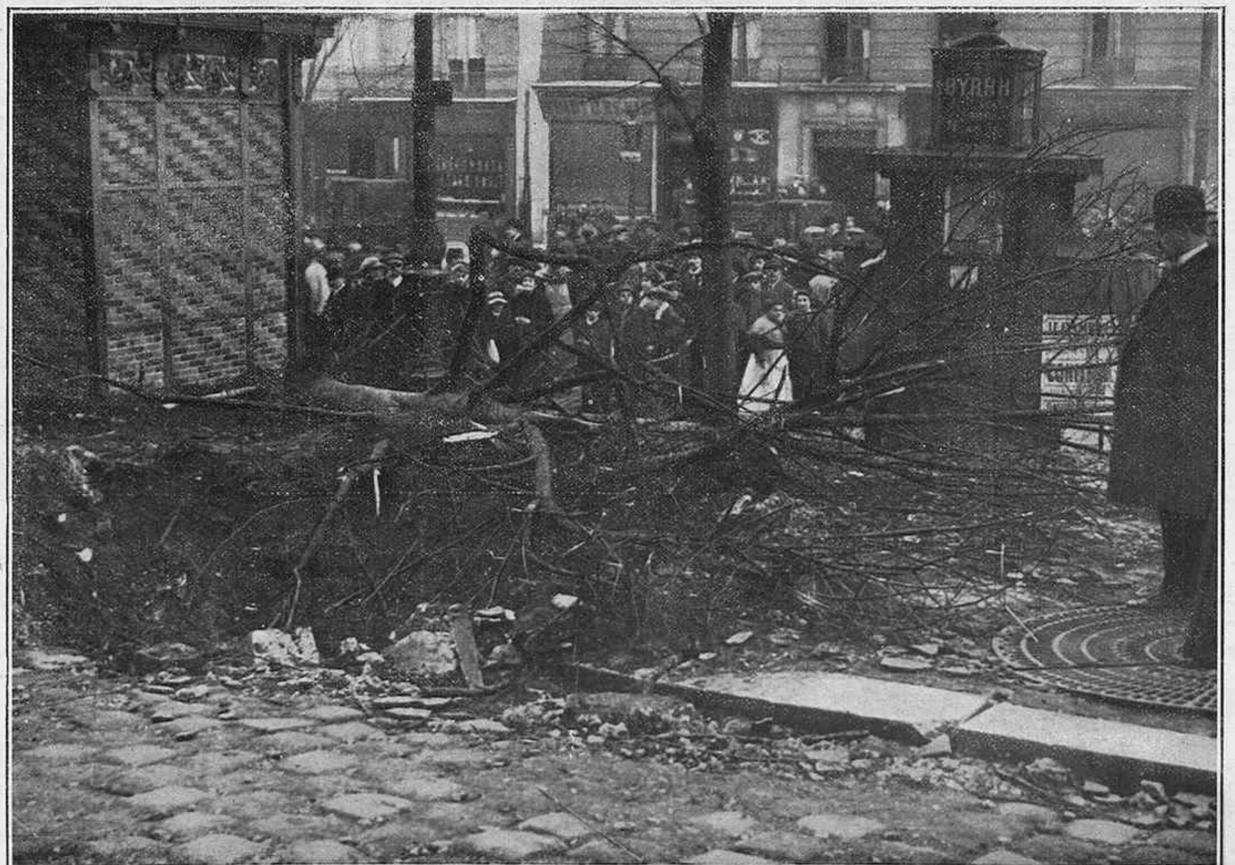


Bomba incendiaria que se encontró sin estallar en un campo de los suburbios

cometido, y así pudo la aeronave alemana lanzar sobre París diecisiete bombas que causaron numerosas víctimas y considerables destrozos materiales, y huir con la misma rapidez con que se había presentado, sin haber sido molestada ni perseguida.

Las diecisiete bombas cayeron en un barrio muy populoso y dentro de un perímetro relativamente pequeño, lo que explica que haya sido grande el número de muertos y heridos, 26 y 27 respectivamente.

La primera bomba cayó a las diez y algunos minutos en el arroyo de un bulevar, atravesó la bóveda del Metropolitano y



Arbol arrancado de raíz por una bomba. (De fotografías de Branger.)

BARCELONA. - EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA EN LAS «GALERÍAS LAIETANES»



LA SEÑORA DEL PAY-PAY, cuadro de José García Ramos. (De fotografía de F. Serra.)

BARCELONA. - EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA EN LAS «GALERÍAS LAIETANES»



UNA SEVILLANA, cuadro de Gonzalo Bilbao. (De fotografía de F. Serra.)

## EL ILMO. DR. D. JOSÉ TORRAS Y BAGES

El virtuoso y sapientísimo prelado cuya muerte llora hoy Cataluña entera había nacido en San Valentín de las Cabañas,



Ilmo. Dr. D. José Torras y Bages, obispo de Vich, fallecido el día 7 del actual. (De fotografía de Merletti.)

pueblo de la comarca de Vilafranca del Panadés, el 12 de septiembre de 1846. Estudió primera enseñanza en Vilafranca, y en Barcelona, el bachillerato y las carreras de Derecho y Filosofía y Letras.

Dedicóse luego a la carrera eclesiástica, comenzando sus estudios en el Seminario de esta ciudad y continuándolos en el de Vich, en donde se ordenó de sacerdote en 1871.



Cuarto centenario de la muerte de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán. Retrato del ilustre caudillo pintado por V. Carderera. (De fotografía de Asenjo.)

Volvió más tarde a Barcelona y aquí ocupó un beneficio de la capilla de las religiosas del monasterio de Valldoncella, cargo que desempeñaba cuando fué nombrado obispo de Vich. Fué preconizado el día 19 de junio de 1899 y consagrado el 8 de septiembre en el monasterio de Monserrat; cuatro días después tomó posesión de la sede ausetana.

En 1898 ingresó en la Academia de Buenas Letras, y su discurso de recepción, «*En Rocaberti y en Bossuet*», fué el primero que en aquella docta corporación se pronunció en catalán.

Había sido fundador de la Liga Espiritual de Nuestra Señora de Montserrat, obtenido un premio en los Juegos Florales de Barcelona por un importante trabajo sobre el regionalismo, y había presidido aquella poética fiesta en 1899 pronunciando un hermoso discurso sobre la fuerza de la poesía.

Deja escritos muchos y muy notables libros reunidos en ocho voluminosos tomos y entre los cuales merece especial mención *La Tradición Catalana*, notabilísimo estudio del valor ético y racional del regionalismo catalán. Había también colaborado en muchos periódicos y revistas, dado numerosas conferencias y pronunciado discursos magistrales, como los del primer Congreso de Arte Cristiano en Cataluña y del Congreso Litúrgico de Monserrat.

Pero la obra más grande sin duda del excelso prelado, la que revela con cuánto amor y cuánta sabiduría realizó su labor de pastor de almas, son sus numerosas pastorales que constituyen un cuerpo de doctrina episcopal y son el comentario definitivo de los grandes sucesos que han conmovido al mundo cristiano durante los años de su episcopado. Algunas de ellas han merecido especiales y calurosos elogios de los papas Pío X y Benedicto XV.

La muerte del Dr. Torras y Bages ha sido verdaderamente ejemplar y edificante, y es una pérdida inmensa para la Iglesia y para Cataluña.

¡Descanse en paz el ilustre prelado, gloria del episcopado español!

GONZALO FERNÁNDEZ DE CORDOBA,  
EL GRAN CAPITÁN

Con ocasión de cumplirse el cuarto centenario de la muerte de este ilustre caudillo se han celebrado fiestas, particularmente religiosas, en su pueblo natal, Montilla, en Córdoba, en Granada y en otras poblaciones; y en Madrid se trata de solemnizarlo con algunas importantes ceremonias.

Por este motivo consideramos de actualidad la publicación del adjunto retrato de Gonzalo Fernández de Córdoba debido al pincel del notable artista Carderera.



Excmo. Sr. D. Nicolás Peñalver, conde de Peñalver, recientemente fallecido en Madrid. (De fotografía de J. Vidal.)

## EXCMO. SR. D. NICOLÁS DE PEÑALVER

Nació el conde de Peñalver en Zaldúa, provincia de Guipúzcoa, en 1853, y desde muy joven comenzó a figurar en política, acreditando en ella sus dotes de inteligencia y de hombre estudioso y enérgico, y habiendo militado siempre en el partido conservador.

Fuó varias veces diputado a Cortes y en la actualidad era senador vitalicio.

En dos ocasiones desempeñó la alcaldía de Madrid y su gestión al frente del Ayuntamiento será siempre recordada con aplauso como una de las más eficaces y benéficas para el pueblo matritense; a él se debe la realización del proyecto de la Gran Vía.

Como presidente del Real Automóvil Club, contribuyó poderosamente al desarrollo y al progreso del automovilismo en España.

Era presidente de la Asociación Matritense de Caridad y a él debe esta institución su actual organización y el gran progreso que ha alcanzado.

Poseía muchas condecoraciones españolas y extranjeras y era gentilhomme de Cámara de S. M.

## RUBEN DARÍO

El inspirado poeta nicaragüense, una de las figuras que más han influido en la poesía moderna castellana y americana, ha-



El eminente poeta nicaragüense Rubén Darío, recientemente fallecido en Nicaragua. (De fotografía.)

bía nacido en 1867, y después de haber cursado sus estudios en el Instituto de Occidente, marchó a París, en donde trabó íntima amistad con Mallarmé, Verlaine y otros grandes líricos franceses. De regreso en su patria, se dedicó al estudio de los clásicos españoles y de la literatura extranjera; luego residió algún tiempo en San Salvador y en Chile, y en 1892 vino por vez primera a España, comisionado por su país para asistir a las fiestas del centenario de Colón.

Después hizo constantes viajes por Europa y América, y durante algunos años intervino activamente en la política de su país. Ultimamente residió una larga temporada en Madrid como representante de su país; marchó luego a París, en donde fundó las revistas *Mundial* y *Elegancias*, y finalmente regresó a Nicaragua, en donde ha fallecido.

Rubén Darío era uno de los primeros poetas líricos contemporáneos y contaba con fervorosos admiradores en todo el mundo en donde se habla el castellano. Es imposible enumerar ni siquiera sus principales composiciones; diremos únicamente que se consideran como verdaderas joyas poéticas sus *Cantos de vida y esperanza*, *Margarita*, *Sonatina*, *Martha triunfal*, *Canción de otoño en primavera*, *La dulzura del Angelus*, *Los cisnes*, *Marina* y el *Responso a Verlaine*.

## PARÍS. — ENTIERRO DE LAS VÍCTIMAS DEL ZEPPELIN

Con gran solemnidad se han celebrado en París los funerales y el entierro de las víctimas del *raid* del zepelín del que damos cuenta en la página 111 de este mismo número. La ceremonia religiosa se efectuó en la iglesia de Nuestra Señora de la Cruz y a ella concurren, entre otras varias altas personalidades, la esposa del Presidente de la República, el ministro Sr. Cochyn y el Prefecto de policía. El cardenal Amette, arzobispo de París, pronunció una sentida oración fúnebre.

Terminados los funerales, organizóse la comitiva: en seis cureñas de artillería colocáronse los veintitrés féretros; detrás iban las familias de las víctimas y el Consejo municipal. Al llegar a la alcaldía del vigésimo distrito fué recibido el cortejo por el ministro del Interior, un representante del Presidente de la República, el general Galopin y otros personajes.



París. Entierro de las víctimas del bombardeo aéreo efectuado por un zepelín en la noche del 29 de enero último. Vista general del cortejo. (De fotografía de Branger.)

Por su caballerosidad y por su carácter afable y bondadoso gozaba en Madrid de generales simpatías, que se han puesto de manifiesto con ocasión de su entierro al cual se han asociado todas las clases sociales.

El ministro, el presidente del Consejo municipal y otros pronunciaron elocuentes discursos, concluidos los cuales la comitiva se encaminó al cementerio del Padre Lachaise, en donde se procedió a la inhumación de los cadáveres.

# LA DAMA DE LAS PIEDRAS PRECIOSAS

NOVELA ALEMANA ORIGINAL DE EUGENIA MARLITT, PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

Y aquel trozo iluminado de fachada del edificio lateral enclavado entre el departamento de embalaje y el vasto cuerpo principal de la casa, desprovisto de toda belleza arquitectónica, ostentaba, con gran sorpresa de la viajera, el más puro estilo del Renacimiento; y la figura que coronaba la fuente y que en otros tiempos había sido apedreada primero por Herberto y más tarde por Reinoldo, era una estatua de ninfa deliciosamente modelada y de las más hermosas proporciones.

¡Ah, cómo se indignaba ahora Margarita, admiradora de todo lo bello, de aquellos actos vandálicos de su tío y de su hermano!

El pueblo había, en otro tiempo, denominado a la dinastía mercantil de los Lamprecht «los Függer de Turingia», a causa de sus riquezas; pero la construcción del edificio lateral y de la fuente que al mismo correspondía, demostraba que quien la dispuso tenía de común con los famosos fabricantes augsburgueses, además de la cuantiosa fortuna, algo del sentimiento artístico que a aquéllos había caracterizado. Sólo que, despreciando ruda y orgullosamente la celebridad y el elogio, había substraído a la vista de los demás su creación y únicamente para recreo y satisfacción de sus ojos la había levantado donde los extraños no pudieran contemplarla. ¡Y había hecho bien! La descendiente de la antigua casa había heredado también su dosis de altivez burguesa, que en aquel momento contribuía no poco al placer que aceleraba los latidos de su corazón... ¡Vaya si tenía ella su poquito de orgullo!

De la estatua de la fuente pasó la mirada de Margarita a la ventana de la cocina, sintiendo entonces la franca alegría que produce el ver de nuevo personas y cosas queridas no vistas en mucho tiempo. Ahora no se trataba de una visión de arte, sino de la vieja Bárbara que saliendo del fondo de la cocina entraba en el círculo de luz que difundía la lámpara.

La buena mujer estaba casi tan pesada y tan rechoncha como en otros tiempos; su delgada trenza gris arrollada en torno de una peineta sobre el occipucio, mantenía en la misma posición de siempre; y su lengua continuaba tan suelta como de costumbre, a juzgar por algunos sonidos de su voz ruda que al través de la abierta ventana llegaban hasta Margarita.

En la cocina reinaba inusitada animación; debía haber varias personas ocupadas en lavar la vajilla pues no cesaba de oírse el ruido de la porcelana. Bárbara y el criado de la casa secaban los platos y otro criado joven, vestido con una elegante librea iba y venía sin parar un momento.

Indudablemente celebrábase un banquete.

Ya Margarita, al entrar en el patio, había visto, al través de las ventanas de la galería, que estaba encendida la gran lámpara del salón principal del primer piso, lo cual no le sorprendió porque tía Sofía habíale dicho en Berlín que ahora había siempre algo extraordinario en la casa; que entre la gente de la corte y la familia de la consejera reinaba gran cordialidad; y que a consecuencia de ello su papá era hombre muy solicitado.

Y al decir esto último tía Sofía había guiñado maliciosamente los ojos...

Excelente ocasión para contemplar a sus anchas a la familia del soberano, sin que pudieran verla a ella, lo mismo que si estuviera en el fondo de un palco del teatro... Valía la pena de intentarlo.

Atravesó el vestíbulo y entró en la pieza de la planta baja en donde solía reunirse la familia. Aquella estancia estaba medio a oscuras; la luz del gas, que llegaba allí débilmente al través de una ventana, sólo iluminaba un trozo de pared y en él la esfera del hermoso reloj que Margarita tanto conocía, y el tictac de cuyo péndulo la conmovió, como si fuese el saludo de una voz querida.

Tía Sofía no estaba allí; estaría, por supuesto,

arriba y muy atareada; en cambio toda aquella espaciosa habitación olía a las flores predilectas suyas. Sobre la mesa había un ramo monumental de ale-



... y fué a situarse junto a una ventana de la parte oscura

lies y resedas, sin duda las últimas del jardincito propiedad de la buena señora... ¡Qué deliciosa sensación de hogar!

Margarita arrojó el sombrero y la capa encima de una silla, se acercó a la ventana y se puso a contemplar la plaza del Mercado iluminada por las luces de gas...

Todo estaba como en otro tiempo, cuando ella sentía, bajo las delgadas suelas de sus zapatitos de niña, los puntiagudos cantos de los guijarros que constituían el empedrado de las calles; cuando aquel conjunto de casas celosamente cercadas por las viejas murallas que se llamaba la ciudad de B. significaba para ella el mundo entero, el lugar en donde había querido a toda costa vivir y morir...

Todo estaba como en otro tiempo: el Neptuno de la fuente cubierto de musgo; la casa de la esquina con su escultura sobre el portal que acreditaba el derecho de su propietario de ejercer la fabricación de la cerveza; la estridente campana del reloj de la Casa Consistorial que precisamente en aquel momento daba las ocho y media; el tintineo lejano de las campanillas de las puertas de las tiendas; y hasta la noble curiosidad de sus conciudadanas, que, formando grupo en un ángulo de la plaza y teniendo en brazos a sus hijos dormidos envueltos en sus amplios mantones, estiraban cuanto podían los cuellos, sin cansarse de mirar la iluminación de la casa de los Lamprecht, y cuchicheaban animadamente entre sí... Sí, aquella era la legítima, la honrada murmuración callejera.

Margarita apartóse de la ventana y se echó a reír...

También ella sentía la misma curiosidad de las comadres de la calle por saber lo que hacía la gente de arriba, y para satisfacerla se disponía a subir, sin hacer ruido, al primer piso, con ánimo de ver, sin que la vieran, lo que pasaba en el salón tan espléndidamente iluminado.

## VIII

Fácil le fué subir al piso superior sin que se oye-

ra el ruido de sus pasos, porque la escalera hallábase cubierta por una gruesa y blanda alfombra. Delante de Margarita subía el criado de la librea llevando una bandeja llena de botellas de agua de Seltz; el sirviente no vió a la joven que le seguía y al llegar arriba dejó inadvertidamente abierta la puerta lo bastante para que aquélla pudiese deslizarse en la galería.

Estaba ésta escasamente alumbrada; únicamente al través de la puerta del salón abierta de par en par, entraba en ella un torrente de luz que la dividía en dos mitades separadas por una faja luminosa; y en el momento en que el criado entró en la estancia en donde se celebraba el banquete, la joven atravesó por detrás de él, aquel espacio iluminado y fué a situarse junto a una ventana de la parte oscura.

Desde allí podía ver una gran parte del salón, y en realidad parecía estar en un palco del teatro presenciando una comedia interesante. La primera dama joven debía ser indudablemente aquella señorita a quien no conocía y a la que entonces podía contemplar a su sabor; tenía rostro hermoso, redondo, plácido, sonriente; cuello escultural y hombros anchos y bellamente formados.

Aquella mujer estaba colocada de tal manera, que su busto parecía surgir de detrás del famoso centro de mesa de la familia Lamprecht, antigua pieza de plata maciza que representaba un inmenso barco mercante cargado de suculentas frutas y de frescas flores.

El cuadro no podía ser más encantador: las flores, con ser tan bellas, no ofrecían ni la belleza ni la frescura de aquella cabeza rubia y de aquel cutis terso y resplandeciente...

Indudablemente aquella joven era la célebre Eloísa de Taubeneck que al presente tanta influencia ejercía sobre la consejera...

No era de extrañar que esta nueva amistad tuviera a la abuela «fuera de sus casillas», como le había dicho tía Sofía en Berlín. ¡Poder llamar algún día nuera nada menos que a la sobrina del duque, aunque se tratase sólo de la hija del príncipe segundón Luis, habida de un matrimonio desigual! La posibilidad de esto superaba los más atrevidos deseos de la ambiciosa anciana. Pero ¿podría ésta resistir tan sobrehumana felicidad?

También estaba sentada a la mesa la consejera, radiante de dicha y de orgullo, con las manos cruzadas, como si estuviera en oración, y sin apartar un momento los ojos de la hermosa rubia que estaba sentada junto a su hijo, aquel hijo idolatrado que con inusitada rapidez había ido ascendiendo en su carrera oficial y que a pesar de contar sólo veintinueve años, era ya todo un «señor consejero de provincia».

¡Cuántas veces había oído Margarita, siendo niña, a su padre llamarle en tono de burla «nuestro futuro ministro»!

Poco le faltaba ya para llegar a la elevada meta, según le había referido en Berlín tía Sofía, la cual habíale dicho que ya se susurraba en el país que se proyectaba un cambio en el gobierno, porque el actual presidente del Consejo de ministros estaba enfermo y deseaba emprender un viaje al Mediodía. Malas lenguas, empero, afirmaban que a Su Excelencia nada le dolía, que el diagnóstico no lo había formulado el médico, sino una elevada personalidad; y que el señor consejero de provincia Herberto Marschall, a pesar de todas sus relevantes aptitudes, no ocuparía tan alto puesto saltando por encima de todo, de no estar por medio... aquella Eloísa de Taubeneck.

«¡Corren tantas malas lenguas por el mundo!», había exclamado tía Sofía encogiéndose de hombros y poniendo término con aquella exclamación al capítulo de las últimas noticias de su tierra, no sin sonreírse maliciosamente de lo que la gente decía. Por lo demás, habíase apresurado a añadir la buena señora, Herberto había llegado a ser realmente un

hombre ilustre y parecía nacido para ocupar una elevada posición oficial.

Margarita podía ahora comprobar que Herberto era un hombre guapo, con una verdadera figura de diplomático por el aplomo con que hablaba y se movía. Si le hubiese encontrado de pronto en el extranjero, quizás habría vacilado; pero de fijo que al primer momento no le habría reconocido... Después de todo ¡hacía tanto tiempo que no le había visto! Siete años, lo menos.

Mientras cursó su carrera, pasaba sus vacaciones generalmente viajando; y cuando regresaba a su casa, ella rehuía prudentemente el encontrarse con el «estudiante presuntuoso», que continuaba imberbe y, por consiguiente, sin derecho al título de tío que dictatorialmente querían que ella le diese. Por supuesto, a Herberto no se le ocurrió nunca en aquellas ocasiones preguntar dónde se metía su sobrina.

Ahora Herberto tenía barba, una barba hermosa, obscura, ligeramente partida por abajo, y aquel menospreciado estudiante habíase convertido en todo un «señor consejero provincial» que navegaba viento en popa hacia el puerto de su matrimonio y que dentro de poco le daría a ella una tía nueva. ¡Ahora sí que podía llamarle «tío» con pleno fundamento!

Y ante esta idea, la joven se sonrió maliciosamente y siguió dejando vagar su mirada por dentro del salón.

Al entrar en la galería había oído rumor de animadas conversaciones; todos hablaban muy alto y entre aquellas voces había parecido percibir la ruda y querida de su abuelo; pero al entrar el criado en el salón, había cesado aquella algarabía y ahora sólo se escuchaba una voz femenina, algo gruesa pero muy agradable, que parecía dominar a todas las demás y en cuyas modulaciones notábase cierta condescendencia, sobre todo cuando contestaba a alguna pregunta.

Margarita no podía ver a la que así hablaba; sin duda estaba sentada a la derecha de su padre, quien tenía a su izquierda a la señorita de Taubeneck.

La dama invisible relataba en términos elegantes y expresivos un suceso acaecido en la corte y se interrumpía de cuando en cuando para decir: «¿No es verdad, hija mía?», a lo que la bella Eloísa contestaba siempre, rápida e impasiblemente: «Sí, mamá.» De modo que era la baronesa de Taubeneck, la viuda del príncipe Luis la que estaba sentada a la derecha de su papá... ¡Y qué satisfecho se mostraba éste!

La melancolía que, a cada una de sus entrevistas, había asustado tanto a su hija, no alteraba ahora aquellas facciones, hermosas todavía a pesar de los estragos que en ellas comenzaban a hacer los años; no era, pues, la abuela la única que se deleitaba con las caricias de la estrella de la felicidad que derramaba sus rayos sobre la familia...

La señora de Taubeneck estaba refiriendo, cada vez con más animación, los esfuerzos que había hecho el caballo del duque para derribar a su jinete, cuando de pronto se calló.

Por encima de su voz, bastante alta, oyóse otra voz que cantaba, prolongando las notas, reforzándolas luego sin perder por ello su dulzura, que tenía algo de celestial, y rematándolas después con una deliciosa cadencia.

— ¡Qué hermosa voz!, exclamó la señora de Taubeneck.

— ¡Bah!, respondió con su débil e infantil acento Reinoldo, que estaba sentado al lado de su abuela. Es un chiquillo, un granuja importuno que a todos nos tiene locos con sus berridos.

— Tienes razón, dijo la consejera; también a mí me resultan insostenibles estos cantos. Pero ya me guardaré yo bien de quejarme y no te quejes tú tampoco; que esa familia que habita en el departamento de embalaje es para nosotros un mal necesario al que uno, con el tiempo, se acostumbra... Ya lo irás viendo.

— ¡Esto sí que no, abuela; de ningún modo!, replicó el joven doblando nerviosamente la servilleta y tirándola sobre la mesa.

— ¡Dios mío, qué vehemente!, exclamó la señorita Taubeneck y mostrando, en su risa, unos dientes preciosos. ¡Cuánto por nada! No me explico que mamá se haya sorprendido tanto al oír aquella voz; pero aun me explico menos la cólera de usted, Reinoldo... Nunca lo hubiera creído.

Y alargando su brazo blanco como la nieve y desnudo hasta el hombro cogió una hermosa naranja del centro de la mesa y se puso a mondarla.

El rostro pálido de Reinoldo se tiñó ligeramente de encarnado; se avergonzaba de su violencia.

— Me enrabia únicamente, dijo disculpándose,

que hayamos de soportar sin protesta esos cantos. Ese chiquillo vanidoso sabe perfectamente que tenemos convidados y se figura que también él es de los nuestros... ¡Insolente!.. Quiere a toda costa que le aplaudan...

— Sí así lo crees te equivocas de medio a medio, díjole tía Sofía al pasar por su lado.

La buena señora había estado hasta entonces al cuidado de la maquinilla del café y en aquel momento iba a ofrecer la primera taza de la aromática bebida puesta en un plato de plata a la señora de Taubeneck.

Vestía su traje de seda negro y sobre sus cabellos grises, cuidadosamente peinados en su frente blanca, llevaba una toquilla de encajes. Su bonita figura, bien conservada todavía, y su porte digno, le daban un aire de gran distinción.

Y tomando el azucarero de encima de la mesa, prosiguió:

— Ese niño no se preocupa para nada de nosotros; canta para sí, como el pájaro en el árbol. La voz le sale sola del pecho, y a mí me encanta el oírlo; es una voz magnífica, verdaderamente divina... ¿No oyen ustedes?, añadió a todos los comensales e indicando con un movimiento de cabeza la dirección del patio.

El niño cantaba en aquel instante: «Los cielos ensalzan al Eterno», y preciso era confesar que nunca una voz más deliciosa había entonado alabanzas al Señor.

Reinoldo clavó en su tía una mirada que indignó a Margarita.

«¿Y a ti quién te mete a hablar entre personas tan distinguidas?» Esta pregunta se leía claramente en los ojos altaneros y casi incoloros del joven, que además denotaban la más profunda indignación.

Margarita conocía demasiado aquel rostro flaco, demacrado, en el cual la menor emoción se revelaba por contracciones musculares que habían acabado por trazar en él líneas duras y profundas; cuando niña, había tenido ocasión de estudiarlo ansiosamente, primero por su amor de hermana y después porque era costumbre achacarle a ella la culpa de todas las explosiones de violencia del enfermizo muchacho. Y desde entonces, en nada había variado; a causa de su complexión delicada y con tal de no contrariarle habíale dejado hacer siempre su santa voluntad. Ahora mismo, su infundada terquedad le hacía agolpar la sangre en la cabeza; nervioso, inquieto, cogió algunos objetos de encima de la mesa y los hizo chocar entre sí hasta que los rompió con estrépito, asustando a los demás comensales que escuchaban en el mayor silencio los cantos del chiquillo.

— Dispensen ustedes esta torpeza mía, dijo respirando fatigosamente; pero esa voz me excita los nervios y me hace el mismo efecto que cuando oigo frotar con un dedo mojado el borde de una copa de cristal.

— Pues voy a librarte de este tormento, dijo Herberto saliendo a la galería para cerrar la ventana que daba enfrente de la puerta del salón.

Tampoco en esto había habido variación alguna.

Reinoldo había sido siempre el protegido y el predilecto de Herberto, y lo que en otro tiempo hiciera el estudiante para evitar a su sobrino todo disgusto y toda contrariedad, hacía ahora el señor consejero de provincia.

Herberto recorrió parte de la galería a fin de inspeccionar las demás ventanas y así llegó a la en que estaba oculta Margarita. Ésta, para que no la descubriese, se apretó más en el ángulo oscuro y al hacerlo el roce de su vestido con la pared la comprometió.

— ¿Hay alguien aquí?, preguntó Herberto escuchando atentamente.

— Sí, alguien hay, respondió Margarita a media voz y conteniendo a duras penas la risa que le retorzaba por el cuerpo; pero no es un ladrón ni un asesino ni tampoco la tatarabuela Dorotea que ha salido del cuarto de las fantasmas. Nada temas, pues, tío Herberto; soy Margarita que acaba de llegar de Berlín.

Y diciendo esto, salió de su escondite ofreciéndose a los ojos del consejero de provincia como una joven esbelta que sonriente y con gracioso abandono avanzó un poco para que le diera la luz que del salón salía y pudiera su tío ver que era realmente ella la que estaba allí.

Herberto retrocedió involuntariamente y la contempló como si no quisiera dar crédito a sus ojos.

— ¿Margarita?, exclamó con acento de duda y le tendió la mano no sin cierta vacilación.

Tendióle ella la suya y él la soltó en seguida, sin apretarla. Fue un saludo muy ceremonioso pero enteramente correcto.

— ¿De noche y con esta niebla has venido?, preguntó Herberto. ¿Y nadie de casa estaba enterado de tu viaje?

Sus ojos, al decir esto, brillaban con expresión de disgusto.

— No quise hacerme preceder por un correo de gabinete, respondió la joven; la cosa resulta demasiado cara para una bolsa como la mía, y me dije que de todos modos no me faltaría albergue en mi casa, aunque llegase de improviso.

— Si por un momento hubiese podido dudar de que esa señorita que tengo delante era la locuela Margarita, tus palabras la habrían disipado... Vuelves del mismo modo que te fuiste.

— ¡Pues no faltaría otra cosa!

Herberto volvió un poco la cara, como si quisiese ocultar una sonrisa.

— ¿Y ahora qué vas a hacer?, le preguntó. ¿No quieres entrar en el salón?

— ¡Qué disparate! Con las ropas humedecidas por el relente, la cara llena de polvo y de polvillo de carbón del tren, el volante de la falda destrozado y un par de guantes rotos en el bolsillo ¡valiente figura haría presentándose por vez primera entre tantos fraques y trajes de corte!

Y señalaba al salón en donde habíase entablado de nuevo una conversación animada y ruidosa.

— ¡De ningún modo, tío!, añadió. Tú mismo te avergonzarías de ello.

— Como quieras, dijo fríamente Herberto encogiéndose de hombros. ¿Quieres que haga salir a tu papá o a tu tía Sofía?

— ¡Dios me libre!, exclamó Margarita avanzando algo más hacia él y tendiendo los brazos para contenerle.

Al hacer este movimiento, la luz del salón dió sobre su cabeza graciosa y elegante, poblada de una negra y rizada cabellera.

— ¡Dios nos libre!, repitió. Pero ¿en que estás pensando? Mi padre y mi tía son para mí personas demasiado queridas para que me satisfaga el saludarlas en la obscuridad. Necesito contemplar sus caras a plena luz a fin de apreciar la alegría que sientan al verme... Además, me disgustaría que esa gente de ahí dentro se enterasen de que me has sorprendido infraganti en plena falta de espionaje. Bastante me avergüenzo yo misma de ello; pero esa luz de aquí arriba me ha atraído y me he dejado coger como torpe mariposa... Y ahora me voy; ya he visto bastante.

— ¿De veras? ¿Y qué has visto?

— ¡Oh, muchas cosas bonitas, admirablemente bonitas, tío Herberto! Pero también mucha distinción, mucha... condescendencia... ¡Demasiada para nuestra casa!

— Tu familia no opina así, replicó Herberto secamente.

— Así parece, dijo Margarita encogiéndose de hombros; pero mi familia es mucho más razonable que yo. Desde que nací, siento correr por mis venas la sangre plebeya de mis antepasados, los antiguos comerciantes en telas... y no me gusta que nadie me venda favor alguno.

— Te dejo, pues, abandonada a tu suerte, díjole Herberto con cierta dureza, apartándose de ella y haciendo una ligera y ceremoniosa inclinación de cabeza.

— ¡Oh, no, por favor, un momento todavía! Si yo fuese la dama de las piedras preciosas podría desaparecer sin riesgo alguno y no necesitaría molestarte; mas como no lo soy he de suplicarte que cierres un momento la puerta del salón para que pueda yo marcharme de aquí.

Herberto dirigióse rápidamente hacia la puerta y cogiendo las dos hojas las cerró tras sí...

Margarita atravesó corriendo la galería y pudo oír cómo los del salón protestaban unánimemente de que hubiesen cerrado la puerta; y antes de llegar a la escalera vió cómo aquella se abría de nuevo, pero lentamente, y cómo la cabeza de su tío se asomaba disimuladamente cual si quisiera cerciorarse de que la intrusa había logrado escapar...

¡El rígido consejero de provincia y la insolente Margarita cómplices en un mismo complot!.. Diez minutos antes no se habría ella atrevido a soñar lo siquiera...

Un grito agudo la acogió cuando de nuevo entró en la sala del piso bajo que estaba medio a oscuras; abrióse violentamente la puerta que daba a la cocina, y Bárbara salió por ella como alma que lleva el diablo.

— ¡No seas tonta, Bárbara!, exclamó Margarita riendo y avanzando hasta el umbral de la puerta de la cocina profusamente iluminada. Ya ves que en nada me parezco a la dama del salón rojo, ni soy tan diáfana como doña Judit que se asemeja a una

telaraña... Ven aquí y dame la mano, vieja y leal Bárbara... ¡Pues no tenía yo pocas ganas de verte!.. Anda, toma, añadió tendiéndole la hermosa y afilada mano. Está caliente y es de carne y hueso; puedes cogerla sin miedo alguna.

La «vieja y leal Bárbara» sintióse de pronto loca de alegría y no sólo cogió aquella mano sino que, además, la estrechó y sacudió con tal fuerza que hizo ver las estrellas a Margarita. Al mismo tiempo, sus ojos derramaban abundantes lágrimas... ¡Habían transcurrido cinco años, casi sin darse cuenta! Y aquella Margarita niña habíase convertido en una señorita hecha y derecha.

— ¡Cuántas veces, dijo la buena mujer a su ayudante riendo y secándose los ojos, había saltado sobre mi espalda como un gatito cuando yo más distraída estaba lavando los platos! Y luego, cuando se dejaba caer ¡qué susto!.. Pero, Margarita, añadió bajando la voz y cambiando de tema, no está bien eso que ha dicho usted; las personas no han de compararse con las fantasmas que se aparecen en la galería... Es muy expuesto, y usted está pálida, muy pálida.

— ¡Tú siempre la misma!, exclamó Margarita conteniendo apenas la risa y haciendo un mohín de ironía con la boca. Esto no es de extrañar en nosotros. «Somos conservadores», decía tía Sofia siempre que Reinoldo juntaba los brazos y las piernas rotos de sus muñecas, respetándolos como bienes de antigua propiedad... Por lo demás, tienes razón, Bárbara; estoy pálida, pero estoy bastante sana para defender mi vida contra tus fantasmas. Y ya verás cómo bajo la influencia de nuestro aire purificante de Turingia mis mejillas se ponen redondas y coloradas como manzanas... Pero, escucha, añadió al oír de nuevo la voz del niño cantante que entraba por la ventana abierta de la cocina; dime quién es ese que canta.

— Es el pequeño Maximiliano, el nieto de los Lenz. Sus padres deben de haber muerto y sus abuelos lo han recogido. Aquí va a la escuela y debe ser hijo de un hijo de aquel matrimonio, porque se llama también Lenz. Es todo cuanto puedo decirle a usted. Ya sabe usted que son una gente muy reservada y que nadie se entera de lo que les pasa sea malo o bueno. Nuestro amo y la señora consejera no pueden consentir que ninguno de nosotros hable siquiera de que vive alguien en el departamento de embalaje... Es para evitar habladurías; y en esto tienen razón, porque no está bien que en una casa como la nuestra haya familiaridades con gente como aquella... El muchacho, sin embargo, no hace gran caso de nuestras opiniones ni de nuestras costumbres... y es un guapo chico, señorita Margarita... Pero desde el primer día, con el mayor desenfado, bajó al patio y se puso a jugar allí como si estuviera en su casa; lo mismo que jugaban usted y el señorito Reinoldo, cuando eran niños.

— ¡Bien por el valiente muchacho! Se ve que tiene energía y conciencia de su valer. ¿Y qué dice a esto la abuela?

— La señora consejera está furiosa y el señorito Reinoldo no digamos; a una y a otro se les quemaba la sangre cada vez que ven al chiquillo. Pero todo es inútil; porque el amo, por más indirectas que le echan, no les hace ningún caso. Yo creo que al principio ni siquiera vió que el niño correteaba donde no le correspondía... ¡Está siempre tan pensativo! Y esto se debe a su constante malhumor, pues las personas malhumoradas no miran a ninguna parte y para ellas es como si nadie existiera en el mundo. A pesar de todo, un día le llamaron la atención sobre la conducta del chico, y contestó que le dejaban jugar donde le diera la gana, pues el patio era bastante grande. Y ya nadie volvió a chistar y todos han tenido que aguantarse su rabia y tragar saliva.

Cogiendo un alfiler del pañuelo que llevaba al cuello, sujetó con él un lazo medio desprendido de la falda de Margarita, enderezó los encajes del cuello y alisó con las manos la arrugada seda del vestido.

— Ahora está usted presentable, díjole haciéndose un poco atrás para contemplarla mejor. Ya puede usted subir arriba. Como nadie la espera, no causará poco asombro su aparición en medio de tanta gente ilustre.

Margarita hizo con la cabeza un signo negativo, no obstante lo cual la vieja cocinera insistió, pintándole el hermoso espectáculo que debía ofrecer el salón y diciéndole que a la hora del champaña, algo ocurriría entre la dama de la corte y el señor consejero de provincia.

— ¡Vaya una pareja hermosa!.. ¡Y qué honor para la familia!, exclamó después de dadas aquellas explicaciones. Como verlas, ya comprenderá usted que yo no he visto todas esas magnificencias desde mi cocina; pero la gente las cuenta y los envidiosos de



— ¡Oh, no, por favor, un momento todavía!

la ciudad dicen que la señora consejera reventará de orgullo. Habladurías de malas lenguas, por supuesto, de las que no hay que hacer caso.

Diciendo esto, cogió una lámpara para alumbrar a Margarita; pero ésta quería permanecer en la obscuridad hasta que los convidados hubiesen partido y se sentó de nuevo junto a la ventana de la salita.

Púsose a meditar al compás del tictac del viejo reloj, que poco a poco, con su regularidad, iba calmando la agitación de su alma.

El odio que respiraban la palabras que había escuchado de Reinoldo y la altanería de éste y de la abuela la habían indignado; pero logró contener su indignación.

No, su regreso al hogar paterno no debía ser amargado por ningún sentimiento de cólera. ¡Fuera, pues, aquella visión penosa!..

En cambio, el recuerdo del rostro de la bella Eloísa producía en ella una sensación de placidez. Aquella sobrina del duque, con su calma imperturbable y la sangre fría que se revelaba en sus facciones y en sus ademanes, debía tener una inteligencia



... y no sólo cogió aquella mano, sino que, además, la estrechó...

superior o ser una naturaleza excepcionalmente flemática.

En otro tiempo, apenas si se tenía noticia de la existencia de Eloísa de Taubeneck. El príncipe Luis había obtenido un alto cargo en el ejército prusiano y establecido su residencia en Coblenza; raras veces

se dejaba ver en la corte de su dinastía, y el pequeño palacio que tenía a su disposición como príncipe dotado de la casa ducal, había permanecido inhabitado durante muchos años.

Aquel palacio, llamado el palacio del príncipe, estaba situado en las afueras de la ciudad, al pie de una montaña coronada antiguamente por una fortaleza, de la que sólo quedaban algunas ruinas de murallas, y era un edificio de estilo barroco, de un solo piso, con desvanes y las necesarias cocheras y caballerizas, que desaparecían entre el espeso follaje de seculares nogales; delante de su fachada, se extendía un lindo césped adornado con grupos de flores y estatuas.

Desde el pabellón que los Lamprecht tenían en Dambach casi se tocaba, por decirlo así, el castillo del príncipe.

Ahora volvía a estar habitado y de esto le había hablado muchas veces tía Sofia en Berlín.

La viuda del príncipe habíase considerado muy dichosa, después de muerto su marido, con poder refugiarse en aquel palacio; pues el difunto no había dejado bienes de fortuna y la viudedad de que ella disfrutaba era bastante módica. Pero sabíase que los duques profesaban gran cariño a su sobrina huérfana y la gente suponía que por esta razón madre e hija contaban con medios de subsistencia y con privilegios de los cuales, en otro caso, no habrían podido disponer.

El carruaje que en aquel momento venía por la plaza del Mercado y que se detuvo delante de la puerta de la casa de los Lamprecht, denotaba, por su elegancia, que era un regalo de los duques. El coche descubierto refulgía a la luz del gas y el fogoso tronco relinchaba y pateaba de impaciencia.

Pero aun transcurrió mucho rato antes de que los de arriba se decidieran a disolver la reunión; al fin oyéronse voces en la escalera y las grandes hojas de la puerta de la calle se abrieron, quedando entonces la acera profusamente iluminada.

En aquella faja de luz apareció primeramente la baronesa de Taubeneck que, del brazo de Herberto, se dirigió al carruaje; era una mujer de excesiva corpulencia, y su hija, que la seguía, estaba predestinada, a juzgar por su complexión, a parecersele en esto andando el tiempo, aunque ahora su figura, alta y gruesa, era de líneas hermosas y proporcionadas.

Eloísa se echó el velo de encaje negro sobre la cabellera rubia, que le cubría gran parte de la frente; se sentó digna y reposadamente al lado de su madre, que respiraba con fatiga, y contempló con la mayor indiferencia a los demás convidados que despidiéndose de nuevo rodeaban el coche para luego separarse en distintas direcciones.

Herberto hizo un profundo saludo y se retiró en seguida, lo cual, a decir verdad, no parecía justificar la suposición de que había entre él y Eloísa algo de noviazgo; en cambio la señora consejera había tomado entre las suyas la mano de la joven que estrechaba sin cesar de hablar con gran animación. De pronto, como vencida por los encantos de Eloísa, inclinó su cabeza sobre la enguantada mano de ésta y se la llevó a la boca, o a la mejilla; Margarita no pudo verlo bien.

Llena de indignación apartóse Margarita de la ventana.

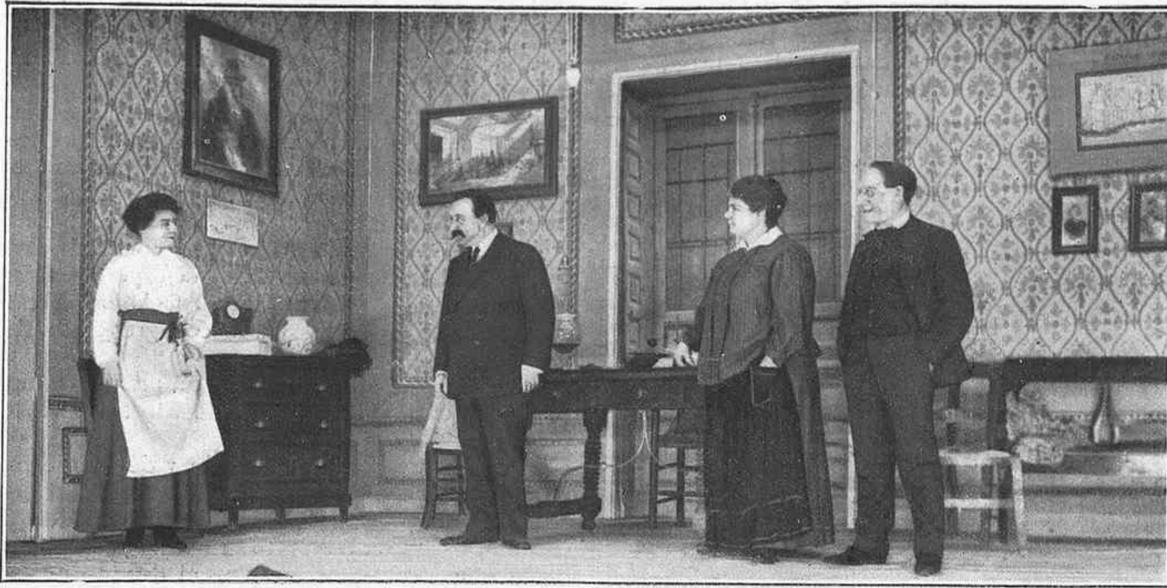
¡A qué grado de baja se había llegado en aquella casa! ¿Y había ella viajado por lejanos países, revivido antiguas épocas y embriagádose en aquello que el espíritu humano, en su noble sentimiento de la belleza y en sus ansias de ideal, inventa y conquista, para ver allí, en su propia casa, patentizado por una adulación repugnante, hasta dónde puede llegar la pobreza de espíritu del hombre?..

¡No, aquella jaula era demasiado estrecha! Y ella no estaba dispuesta, para amoldarse a ella, a sacrificar ni las puntas de sus alas, acostumbradas a la libertad...

Aquello que dominaba toda la vida moderna debilitándola, el servilismo, el porfioso del poder, la impúdica solicitud del favor de los personajes influyentes; he aquí las fantasmas que ahora tenían invadida la mansión de los Lamprecht y contra las cuales habría ella de defenderse.

En realidad de verdad, «la bella dama de las piedras preciosas» que abandonaba el reposo de la tumba sólo a impulsos de un amor ardiente, apasionado, resultaba un ser muy grande al lado de aquellas almas tan pequeñas.

(Se continuará.)



Madrid. — Una escena de *El tacaño Salomón*, comedia en dos actos de D. Benito Pérez Galdós, estrenada con mucho éxito en el Teatro Lara

#### MADRID. — NOVEDADES TEATRALES

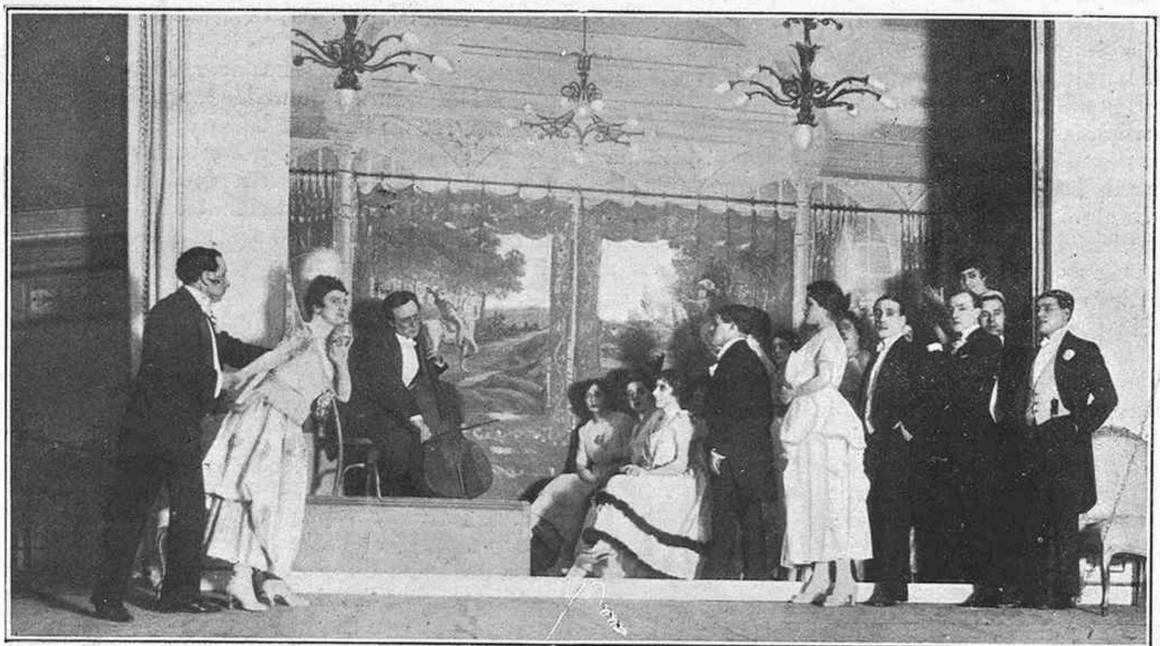
Peregrín es un filántropo que distribuye cuanto tiene entre los necesitados, sin que le curen de su innata prodigalidad los consejos, las advertencias y el ejemplo que le da su amigo Salomón; el cual Salomón, que se instala en el modesto hogar de Peregrín, trae una misión de confianza para éste, de un hermano suyo que se ha hecho inmensamente rico en Buenos Aires. Este hermano, tan sórdidamente tacaño como pródigamente generoso es Peregrín, quiere saber si éste se ha corregido



D. Alejandro Pérez Lugín, que ha sido propuesto para el premio Fastenrath como autor de la novela *La casa de la Troya*.

do de lo que él conceptúa vicio de gastar sin tino y se ha vuelto ordenado y económico, para, en caso contrario, desheredarle. Salomón, fingiéndose extremadamente tacaño trata de que Peregrín lo imite haciéndose digno de la herencia; pero el dádivo no le hace caso alguno y se quedaría sin la fortuna del bonaerense, si la muerte inesperada de éste no viniera a solucionar el conflicto en su favor. Peregrín, dueño de aquel cuan-

tioso caudal, se propone emplearlo generosamente en la construcción de escuelas modelo, de casas baratas y de otras empresas benéficas.



Madrid. — Una escena de *La mujer ideal*, opereta en tres actos de Franz Lehar, adaptada a la escena española por José Juan Cadenas y Asensio Mas, estrenada con gran éxito en el Teatro Eslava

Tal es, a grandes rasgos, el argumento de *El tacaño Salomón*, última obra del ilustre Pérez Galdós, quien, como se ve, una vez más se ha valido del teatro para propagar sus nobles ideales.

Emilio Thuillier, la señorita Pardo, la señora Sánchez Arifio y los señores Ramírez y Mora desempeñan con gran acierto sus respectivos papeles.

El público del Teatro Lara, en donde se ha estrenado la comedia de Pérez Galdós, ha aplaudido con entusiasmo a los actores y al autor.

justa fama han valido al afortunado autor de *La viuda alegre*, de *Eva* y de otras operetas no menos bellas.

En la ejecución sobresalen Ramón Peña, que ha dirigido la obra de una manera irreprochable, las señoritas Lahera,



El notable guitarrista D. Juan Parras, que ha dado con gran aplauso varios conciertos en esta ciudad. (De fotografía.)

Haro y Crehuet, y los Sres. Ballester, Gandía y Barreto. El decorado del Sr. Martínez Garí, el vestuario y el *attrizzo* nada dejan que desear.

(Fotografías de J. Vidal.)

D. ALEJANDRO PÉREZ LUGÍN

La Real Academia Española ha aprobado proponiendo la adjudicación del premio de la Fundación Fastenrath para 1915 la notable novela *La casa de la Troya*, original del po-



Madrid. — Una escena de *Te o café*, boceto de comedia en un acto del Sr. Buenretiro, estrenado con buen éxito en el Teatro Infanta Isabel



Barcelona. — Banquete con que numerosos editores y libreros han obsequiado a D. Antonio J. Bastinos con motivo de las bodas de oro de éste con las artes que se relacionan con el libro  
(De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

pular periodista madrileño don Alejandro Pérez Lugín.

El acuerdo de la docta corporación ha sido muy bien acogido en los círculos literarios de la corte, pues realmente la obra del Sr. Pérez Lugín es una de las mejores novelas que en estos últimos años se han producido.

La propuesta, con arreglo a las condiciones de la fundación, será elevada a S. M. el Rey, cuya firma es el requisito indispensable para la entrega del diploma y de la cantidad en metálico consignados al efecto.

EL NOTABLE GUITARRISTA  
D. JUAN PARRAS

El día 7 de octubre del año próximo pasado, presentose por vez primera al público barcelonés el notable concertista de guitarra jaenés D. Juan Parras. Numerosa concurrencia llenaba los salones del Círculo Artístico: todos los ojos estaban fijos en los rápidos y seguros dedos del artista, que como locos geniecillos saltaban y se escurrían sobre los trastes y sobre el mástil; pero de aquellos saltos locos, de aquellas pulsaciones nerviosas brotaban mágicas las melodías de Schumann, las sonatas de Beethoven, las romanzas de Mendelssohn. El público estaba entusiasmado, y muchos al final de las piezas confesaban ingenuamente que jamás hubiesen creído ser posible hacer filigranas tales con la guitarra.

Recientemente el 20 del pasado enero dió Parras otro recital en el «Angelus Hall», obteniendo idéntico triunfo. *El testament de l'Amalia* de Llobet, la *Danza en Mi menor* de Granados, el *Capricho árabe* y el *Tremolo* de Tárrega, salen de la guitarra del concertista jaenés envueltos en magia indescriptible.

BARCELONA. — HOMENAJE  
A D. ANTONIO J. BASTINOS

Gran número de editores y libreros barceloneses, deseosos de dar afectuoso testimonio de su alta estima y consideración a su compañero D. Antonio J. Bastinos, acordaron obsequiarle con un banquete, en ocasión de cumplirse sus bodas de oro con las artes que se relacionan con el libro.

El banquete se celebró en el restaurante Martín y a él concu-

Con cualquier agua, el Jabón de HENO de PRAVIA refresca la piel la limpia y la perfuma.

rrieron los más conocidos editores y libreros de esta ciudad, habiéndolo presidido el homenajeado y su distinguida esposa. Asistió también el popular e inteligente editor madrileño Sr. Bailly-Bailliere, que accidentalmente se encontraba en esta capital.

La comida, que fué servida suntuosamente, transcurrió en medio de la mayor animación, y a la hora de los brindis, el Sr. Puig y Alfonso leyó unas cuartillas, tan hondamente sentidas como bien escritas, ofreciendo el homenaje al señor Bastinos y ensalzando la intensa y provechosa labor realizada por éste, que ha dedicado más de cincuenta años a la publicación de libros, en su mayoría destinados a la enseñanza, impulsado siempre por el nobilísimo deseo de difundir la cultura. Después de trazar una exacta e interesante biografía del Sr. Bastinos, el Sr. Puig y Alfonso terminó diciendo que a quien tanto y tan bien había trabajado durante más de medio siglo, sus colegas se honraban tributándole aquella cariñosa manifestación de afecto y admiración.

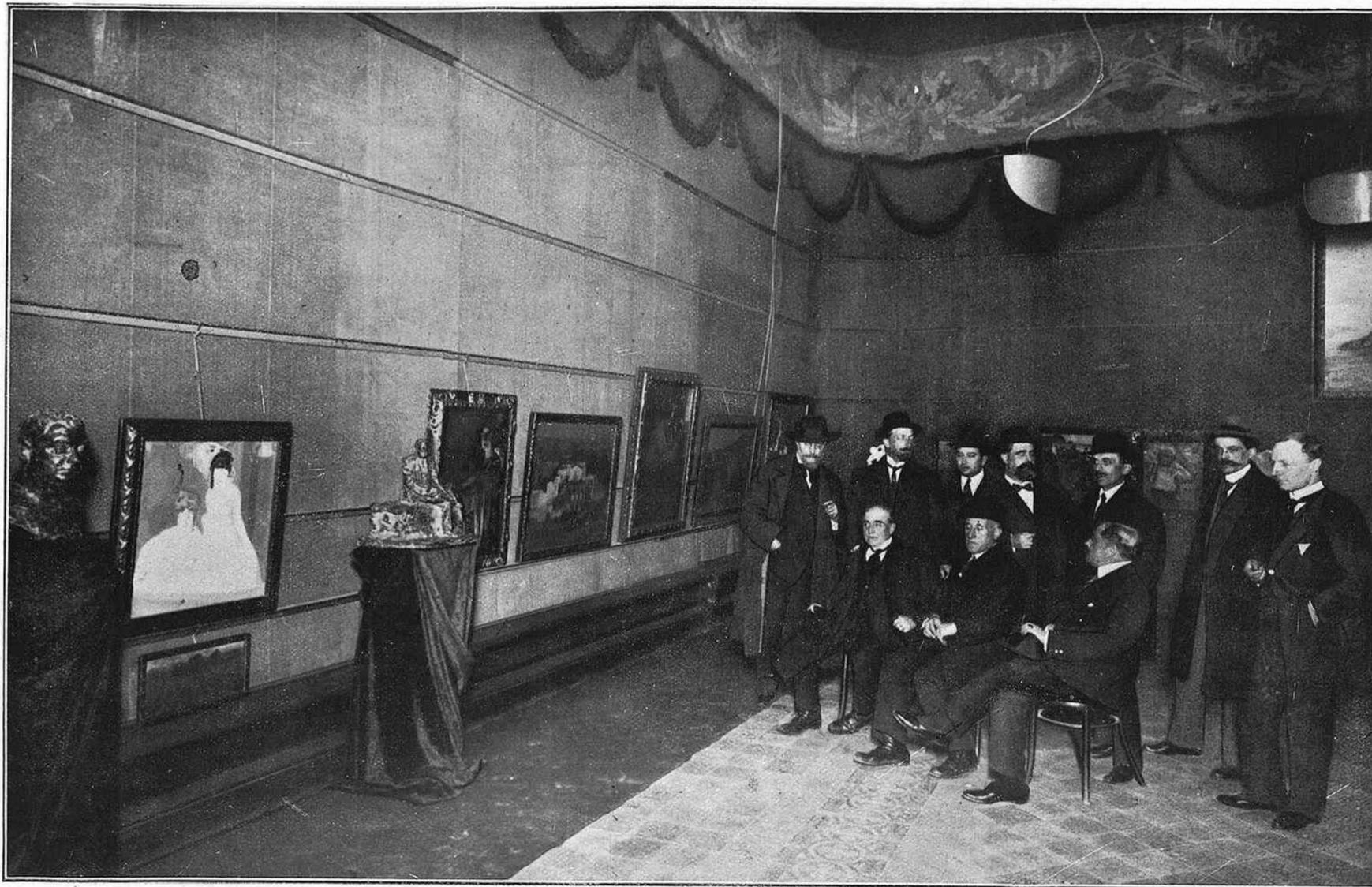
El Sr. Henrich, en elocuentes frases, asoció a las palabras del Sr. Puig y Alfonso en nombre propio y en el de muchos socios de la Unión Patronal de las Artes del Libro, de la que es presidente, que no habían podido asistir al banquete.

Hablaron también en términos encomiásticos los señores Simón, Vergés, Ruiz y otros, todos enalteciendo al editor festejado, cuyo nombre figurará siempre con clarísimo honor en los fastos de la librería española.

Finalmente el Sr. Salvat, en nombre del Sr. Bastinos, agradeció el homenaje que a éste se tributaba.

Como dijeron los oradores del banquete, el Sr. Bastinos, desde que entró en la sección editorial de la casa de sus padres, no ha cesado de trabajar con un talento, una actividad y un entusiasmo dignos de los mayores elogios.

Es también el Sr. Bastinos escritor distinguido y ha publicado varias obras originales, entre las que merecen especial mención *Manual del trabajo o Nociones populares de Economía Política*, *Hojas secas*, y en colaboración con D. Luis Puig Sevall, el *Mosaico literario epistolar*, del que se han hecho numerosas ediciones.



Barcelona. Salón Parés. Inauguración de la XVI Exposición de la Sociedad Artística y Literaria de Cataluña. Grupo de varios artistas cuyas obras figuran en la Exposición. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

En el Salón Parés celébrase actualmente la XVI Exposición de la Sociedad Artística y Literaria de Cataluña, que comprende treinta y siete cuadros y seis esculturas. Firman los primeros Hermenegildo Anglada, Dionisio Baixeras, V. Borrás Abella, P. Casas Abarca, F. Cortés Riera, M. Cusí, F. Galofre Oller, E. Galwey, J. Mongrell, M. Oliver, A. Ros y Güell, Sans Thomas, J. M. Tamburini, A. Tolosa, Modesto Urgell y Carlos Vázquez. Las esculturas son todas de J. Cardona.

Como se ve, trátase de artistas de sólida reputación y a ésta corresponde dignamente la

bondad de las obras expuestas, en todas las cuales se admiran las cualidades distintivas de sus respectivos autores.

La exposición es muy visitada, y el público no escasea sus elogios a los artistas que constituyen la citada entidad y que, siguiendo la honrosa tradición de la misma, una vez más han dado muestras elocuentes de lo mucho que valen y del entusiasmo con que rinden culto a los más nobles ideales del arte.

En los próximos números publicaremos algunos de los cuadros que figuran en esta exposición.

#### LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN POR AUTORES O EDITORES

EN EL MUNDO DE LA FILOSOFÍA Y DE LA GUERRA, por F. Benavides Olozábal. — Dos disertaciones constituyen este libro, una sobre el estado de inocencia intelectual y otra sobre la actual guerra. En esta última, el autor, el sabio filósofo bonaerense Sr. Benavides Olozábal, estudia la terrible conflagración mundial presente desde un punto de vista casi exclusivamente ideológico y relacionado con su modo especial de concebir el mundo y la vida, apartándose mucho de casi todo lo que sobre la materia se ha escrito hasta la fecha. La primera sirve para facilitar la comprensión de la segunda y evitar, en lo posible, especialmente en el caso del lector familiarizado con las especulaciones filosóficas, erróneas interpretaciones, y en ella se revela claramente la orientación intelectual del autor. Un tomo de 150 páginas, impreso en Buenos Aires en la imprenta French.

CARTAS AMERICANAS, por Juan Valera. — Formando el tomo 42 de las obras completas del eminente literato que con tanto éxito se edita en Madrid, se ha publicado el volumen II

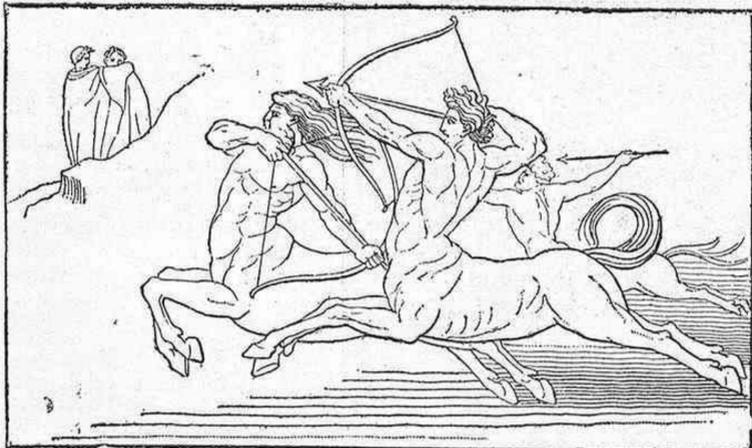
de las *Cartas americanas* (1889-1890), que contiene, además de una bellísima dedicatoria al Excmo. Sr. D. Antonio Flores, Presidente de la República del Ecuador, los artículos titulados *Nueva religión*, *España desde Chile*, *Vocabulario rioplatense razonado*, *Novela parisiense-mexicana*, *La poesía y la novela en el Ecuador*, *Un polígrafo argentino*, *Tabaré*, *Tradiciones peruanas* y *Novela programa*. Un tomo de 330 páginas impreso en Madrid.

LA CONCIENCIA ESPAÑOLA ANTE EL NUEVO MUNDO, por Eva Canel. — La distinguida escritora Eva Canel, prosiguiendo la labor que con tanta perseverancia viene realizando en América, de muchos años a esta parte, dió en el Teatro Campoamor de la Habana el día 30 de diciembre último una interesantísima conferencia en la que con gran abundancia de datos y razonamientos convincentes combatió y destruyó una porción de errores que, fomentados por la ignorancia o por la malevolencia, circulan en el extranjero y sobre todo en América, acerca del pasado histórico de España y en especial acerca de la sin razón llamada España negra. Eva Canel, que ama mucho a América, pero que adora a su patria, vindica valientemente a ésta de muchas de las injustas acusaciones de que

ha sido objeto, vuelve por la fama de nuestros conquistadores y de nuestros sabios de otros tiempos, y termina aconsejando a los buenos americanos que rechacen las calumnias históricas con que se ha pretendido mancillar el buen nombre de la que ha sido su madre amorosa. La conferencia ha sido publicada en un folleto de 28 páginas, impreso en la Habana en la imprenta La Universal.

HORAS DE VACACIONES. Narraciones traducidas directamente del alemán por Felipe de Romañá Gelada. — Contiene este libro seis interesantes narraciones de Walter Bloem, Ernesto Kampfer, Federico J. Pajeken, E. W. Trojan, Karston Brandt y Schulze Lubeck. La traducción está hecha en estilo fácil, elegante y correcto, y demuestra que el traductor conoce tan bien el idioma alemán como la lengua española, cosa que no siempre suele verse en los trabajos de esta índole y que es tanto más de elogiar en el caso presente por cuanto se trata de un adolescente, casi de un niño, puesto que el Sr. Romañá, según hace constar en la portada del libro, es alumno del cuarto año de bachillerato. Un tomo de 142 páginas con algunos grabados, impreso en Barcelona en la tipografía El Anuario de la Exportación.

## LA DIVINA COMEDIA por DANTE ALIGHIERI



Tres se adelantaron de la fila, con los arcos y flechas que habían prevenido

Traducida y anotada por el reputado académico D. CAYETANO ROSELL, y enriquecida con un prólogo biográfico-crítico escrito por D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Esta notable edición va ilustrada con la reproducción de 110 composiciones dibujadas por el notable artista inglés JUAN FLAXMAN.

LA DIVINA COMEDIA, por Dante Alighieri, se publica en cuadernos semanales de cuatro reales uno, los cuales constan de 8 pliegos de 8 páginas de texto, que contienen asimismo la reproducción de las celebradas composiciones de Juan Flaxman en número de 110.

La edición se ha impreso sobre papel *couché* y consta de 10 cuadernos de 64 páginas de texto con las ilustraciones de J. Flaxman.

TERMINADA LA IMPRESION DE ESTA OBRA

SE VENDE ENCUADERNADA A 12 PESETAS

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN